



UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

# **Elementos fundamentales acerca de la idea de la vida humana de José Ortega y Gasset.**

Tesina para optar al grado de Licenciado en Filosofía

**José Miguel Ibáñez Escobar**

**Profesor guía: Jorge Acevedo Guerra**

**Santiago de Chile, 2017**

## RESUMEN

El siguiente informe desarrolla la idea de la de la vida humana del filósofo español José Ortega y Gasset. Para poder mostrar la vida humana como la realidad radical, este trabajo intenta hacer patente el problema del hombre cuando ha caído en una desorientación radical, que no le permite vivir, y que, para vivir, le exige un esfuerzo de orientación que lo lleva a movilizar su pensamiento en búsqueda de una orientación; o sea, que le exige, hacer metafísica.

El ejercicio metafísico que aquí se efectúa nos lleva a descubrir que la vida humana, la de cada cual, es la realidad radical en tanto que es el fundamento y la raíz en donde surge y aparece todo lo que puede surgir o aparecer. Con esto, que nos asegura una orientación que nos permite vivir, el trabajo irá mostrando las características más importantes de la vida humana.

En síntesis, este informe intenta mostrar, por un lado, el sentido que tiene el hacer metafísico en la vida del hombre y, por otro, la magnitud de la idea de la vida humana de José Ortega y Gasset.

*A mi madre y a mi padre que los amo.*  
*Al gran pensador José Ortega y Gasset.*  
*A mi querido profesor Jorge Acevedo.*

## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer, en primer lugar, a mis padres. Han sido ellos los que me han dado la posibilidad de hacer de mi vida lo que he sentido necesario hacer. Quiero agradecer a mi mamá, la que muchas veces me ha soportado cuando la vida me ha pesado, ¡ella ha estado siempre ahí! También quiero agradecer a mi papá, un hombre incansable, que ha restado muchas veces su vida -a causa del trabajo- por el bienestar de su familia.

Agradezco a mi amigo Guillermo Thompson -alias el martillo-, por su amistad y todo lo que significa aquella hermosa palabra.

Quiero agradecerle al profesor Acevedo por su siempre cálida disposición. Por intermedio de él conocí a Ortega. No sé si fue fortuito o tenía que darse; lo cierto es que si no lo hubiera conocido no habría conocido a Ortega; y si hubieran sucedido así las cosas, habría pasado sin pena ni gloria por la facultad de filosofía; aun, quizás, buscando aquello que buscaba.

Quiero agradecer, profundamente, a José Ortega y Gasset por lo que encontré en su pensamiento; de cierta forma, me he visto reflejado en su pensar. En su filosofía he encontrado la coincidencia y la claridad de lo que muchas veces había pensado, y que no había podido resolver.

Mis padres, cuando era chico, me hablaban acerca de la felicidad, de que uno vino al mundo a ser feliz. Después, en una de las primeras clases que tuve con el profesor Acevedo, recuerdo que nos dijo: “la filosofía puede ayudar para vivir”. Ni lo uno ni lo otro lo pude entender a cabalidad en su momento; sin embargo, me hacían ruido. Ahora, que veo las cosas desde una mejor perspectiva, comprendo muy bien lo que mis padres y el profesor Acevedo querían decir.

En fin, tuve que llegar hasta aquí para darme cuenta de todo esto.

*Hoy sé que no hay nada imposible,  
anoche supe la verdad:  
Creía mi alma inservible,  
pero era cansancio vulgar nada más.  
-Silvio Rodríguez, Rio*

## ÍNDICE

<b>Introducción</b> .....	8
<b>Capítulo I: El fundamento metafísico</b> .....	10
1. La situación del hombre, la desorientación radical y la necesidad vital de una orientación.....	10
2. Las creencias y su relación con la orientación.....	12
3. La duda y la duda como creencia.....	13
4. El rol de las ideas y la aparición de la metafísica.....	14
5. El hacer metafísico.....	16
6. La pregunta fundamental y sus respuestas históricas.....	17
7. El realismo.....	18
8. El idealismo.....	19
9. Hacia la teoría de la vida humana de Ortega.....	21
<b>Capítulo II: La vida humana</b> .....	22
10. La vida humana como la realidad radical.....	22
11. La vida humana como acontecimiento.....	24
12. Yo y la circunstancia como los componentes de la vida humana.....	27
13. Acerca del yo.....	28
14. Acerca de la circunstancia.....	30
15. Los caracteres de la vida humana.....	31
<b>Capítulo III: La circunstancia- introducción</b> .....	35
16. El ser de la circunstancia.....	36
17. La estructura de la circunstancia.....	37

18. El contenido de la circunstancia, el <i>pragma</i> .....	39
19. El problema de los contenidos específicos de la circunstancia.....	39
20. Ensayo de un posible trato al problema de los contenidos específicos de la circunstancia.....	40
<b>Mis consideraciones finales</b> .....	43
<b>Bibliografía</b> .....	44

## INTRODUCCIÓN

Ciertamente que, cuando hablamos de la vida, de nuestra vida, la de cada cual, nos vienen a la mente muchos recuerdos de situaciones pasadas, lo que hemos hecho y lo que hemos sido. También puede darse el caso que imaginemos nuestra vida en un futuro próximo, y fantaseemos con lo que nos habría gustado ser; o, además, y según nuestro estado de ánimo, pensemos en nuestra vida como un regalo que tenemos, o como una carga que arrastramos. En todos estos casos, nuestra vida se nos presenta como algo en lo que irremediamente estamos. Decimos: ¡perdió la vida! ¡Me gano la vida! ¿Qué será de mi vida? ¡Hazte cargo de tu vida! Sin embargo ¿a qué nos referimos cuando hablamos de la vida? ¿Qué es la vida, la de cada cual, la tuya o la mía?

A simple vista, hablar de la vida pareciera ser algo de poca importancia; y esto porque habiendo tantos problemas en el mundo, tantos temas interesantes -la política, la economía, la ciencia, etc.-, la vida humana -al lado de ellos- pareciera ser algo de menor relevancia. Más aún; si consideramos la vida en un sentido personal, la vida de cada cual, esa distancia entre los grandes temas y esa humilde y pequeña realidad que es mi vida se acrecienta mucho más. ¿Cuál podría ser, entonces, el motivo de ocuparnos de esta cuestión, tan, a simple vista, irrelevante, si se nos exige desde todos lados el hacernos cargo, y el tener algo que decir acerca de los temas que, supuestamente, si importan?

Pero el caso es que la vida humana y, en rigor, la vida de cada uno de nosotros, es la realidad en donde nos encontramos queramos o no, y su importancia radica en que es en ella en donde se nos aparecen todos esos grandes e importantes temas del mundo; más aún, es nuestra vida la realidad radical, en donde cualquier otra realidad, para ser como tal, debe aparecer [en nuestra vida, la de cada cual]. “Dios mismo –nos dice Ortega-, para sernos Dios, tiene que arreglárselas para denunciarnos su existencia”<sup>1</sup>; esto es, tiene que arreglárselas para manifestarse en nuestra vida.

Por lo visto, el tema de la vida humana, no es menor. Y no lo es porque ella está implicada en todo cuanto hago; podríamos decir, para introducirnos en el tema, que yo soy parte de mi vida.

Como se puede vislumbrar, este trabajo se ocupara de la vida humana, e intentara dar cuenta de los caracteres fundamentales que se encuentran en ella. Su propósito consiste, solamente, en mostrar de la forma más clara posible, lo que el pensamiento de Ortega nos dice con respecto a esto y, de paso, lo atingente que puede resultar para cada uno de nosotros lo que aquí se expone.

---

<sup>1</sup>J. Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*; Obras Completas, Tomo VII. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1964; p. 101



Este informe comprende tres capítulos; el primero de ellos, el fundamento metafísico, intentara mostrar la situación en la que vive comúnmente el hombre, su situación cuando se encuentra perdido, la necesidad de orientación ante su estado de desorientación total, y las respuestas que le aparecen cuando busca estar orientado. El segundo capítulo se centrara en la vida humana y sus características fundamentales. En el tercer y último capítulo, la circunstancia, intentara mostrar, en términos generales, el contenido y la estructura de aquella.

## CAPÍTULO I:

### El fundamento metafísico

#### 1. La situación del hombre, la desorientación radical y la necesidad vital de una orientación

Al final de su primera lección, en su obra “*Unas lecciones de metafísica*”, Ortega da una primera definición de lo que es la metafísica; él nos dice: “anticipando una primera definición de la metafísica, la más modesta en apariencia, la que nadie se atreverá a invalidar: digamos que metafísica es algo que el hombre hace”<sup>2</sup>; y, continuando con ello prosigue diciendo: “el hombre hace metafísica cuando busca una orientación radical en su situación”<sup>3</sup>. Si nos detenemos a analizar lo que Ortega nos dice, encontraremos, por lo pronto, lo siguiente: 1°. El hombre se encuentra en una situación. 2°. Hace cosas. 3°. Una de esas cosas que hace es un buscar. 4°. Este buscar consiste en hallar una orientación radical en su situación.

Lo primero que hay que decir al respecto, es que la situación del hombre es su vida. Bajo las múltiples situaciones en las que puede encontrarse el hombre, todas ellas remiten en última instancia a su vida, que es –podríamos decir- la situación de las situaciones. “La situación del hombre es *la vida*, es *vivir*”<sup>4</sup>. Ahora bien, la metafísica aparece como un hacer del hombre cuando busca una orientación radical en su vida, lo que implica que, su vida, vista desde su raíz, es radical desorientación.

Para descubrir la radicalidad de la vida como pura desorientación es preciso que el hombre haya caído en la cuenta de aquello, y esto supone, a su vez, un estado previo de orientación. Ortega nos muestra el problema que subyace bajo tal situación diciéndonos lo siguiente: “hay dos modos de estar orientado o de constarnos algo: uno, en que la orientación es efectiva, en que efectivamente nos consta algo a cada uno de nosotros, al sí mismo de cada cual, pero este modo supone siempre, inexorablemente, una previa desorientación, un previo no constarnos; y otro, en que la orientación es ficticia, en que no es el sí mismo de cada cual el convencido sino un pseudo-yo que nos viene del contorno social, [...] Esta ficticia orientación es la que no presupone desorientación previa”<sup>5</sup>. Lo anterior nos dice al menos dos cosas importantes de las cuales podemos deducir una tercera: Primero: que la orientación, como tal, se da cuando nos consta algo incuestionablemente a cada uno de nosotros, e implica, a su vez, un estado previo de desorientación. Segundo: la existencia de una orientación ficticia, la que asume y con la

---

<sup>2</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Alianza Editorial, Madrid, 1981; p.25

<sup>3</sup> *Ibíd.* p. 26

<sup>4</sup> *Ibíd.* p. 26

<sup>5</sup> *Ibíd.* p. 32

que cuenta el hombre sin hacerse cargo de su constancia. La tercera cuestión que se desprende del segundo punto, es que el hombre se encuentra viviendo sobre una orientación ficticia. La evidencia de esto radica en que nadie nace desorientado radicalmente; el hombre, desde su nacimiento, cuenta siempre con algunas convicciones de las que no se hace cuestión y desde las cuales hace su vida; en otras palabras, el hombre cuenta siempre con una orientación radical.

De manera ficticia o de manera efectiva, se dé cuenta de ello o no, el hombre no puede vivir sin una orientación radical; como dice Ortega: “No se puede vivir sin una interpretación de la vida”<sup>6</sup>; y añade: “Es, pues, para el hombre, imposible estar sin una orientación ante el problema que es su vida. Precisamente porque la vida es siempre en su raíz desorientación, perplejidad, no saber qué hacer, es también siempre esfuerzo por orientarse, por saber lo que son las cosas y el hombre entre ellas”<sup>7</sup>. La situación es tal, que incluso –como dice Ortega– “hasta para resolver dejarme morir tengo que motivar mi resolución, tengo que estar orientado sobre mi vida: sólo así «tendrá sentido» tal decisión; supone haberme convencido que es mejor morir que vivir. Pero esto, a su vez, implica que estoy ya perfectamente orientado sobre la vida, esto es, que sé lo que es la vida y todo en ella”<sup>8</sup>. Aquí, se ve con claridad hasta qué punto es inherente y necesaria, en la vida del hombre, la cuestión de la orientación radical.

La orientación, en términos radicales, no consiste simplemente en saber tal o cual cosa, o saber muchas cosas de un mismo ámbito –que sería, en cierto modo, orientación, pero no radical; “la idea de orientación –nos dice Ortega– es más radical, más honda y previa que la idea de saber y no viceversa. El estar orientado no se aclara verdaderamente por el concepto de saber, la orientación no es un saber, sino al revés, el saber es una orientación”<sup>9</sup>. “Yo estoy orientado con respecto a algo –señala Ortega– cuando poseo un plan de mi trato con ello, de mi hacer, y ese plan de mi conducta supone que me he formado un plano de esa cosa, una figura o esquema de lo que esa cosa representa en mi vida. Esa figura o esquema es el ser de esa cosa. Y como el ser de esa cosa se me enlaza irremisiblemente con el ser de las otras, no logro obtener aquél, no consigo orientarme de un modo radical con respecto a todas, si no he formado un plano de todo. Este plano de todas las cosas es el mundo o universo y la orientación radical que él proporciona es la metafísica”<sup>10</sup>.

Evidentemente, tal como se dijo, nadie nace desorientado; y la evidencia de aquello la puede encontrar cada cual en su experiencia. Pero independiente de aquello, el tema en cuestión nos impone dar cuenta del fundamento metafísico, y, ya con lo dicho, nos hemos percatado de que en esto va implicada la desorientación radical. El tema en cuestión,

---

<sup>6</sup> Ibíd. p. 122

<sup>7</sup> Ibíd. p. 123

<sup>8</sup> Ibíd. p. 122

<sup>9</sup> Ibíd. p. 29

<sup>10</sup> Ibíd. p. 123

ahora, nos dirige a hacernos cargo de como el hombre repara en dicha condición; por tanto, para esto, es necesario remitirnos a la condición del hombre que se haya comúnmente, digámoslo así, orientado.

## 2. Las creencias y su relación con la orientación

La vida, al hombre, le presenta un sinnúmero de problemas de los que tiene que hacerse cargo; lo que implica que, para atender a dichos problemas debe primero saber lo que son y así determinar su trato con ellos. “Si el hombre se ocupa en conocer –nos dice Ortega-, si hace ciencia o filosofía, es, sin duda, porque un buen día se encuentra con que *está en la duda* sobre asuntos que le importan y aspira a *estar en lo cierto*. Pero es preciso reparar bien en lo que semejante situación implica. Por lo pronto, notamos que no puede ser una situación originaria, quiero decir, que el *estar* en la duda supone que se ha *caído* en ella un cierto día. El hombre no puede comenzar por dudar. La duda es algo que pasa de pronto al que antes tenía una fe o creencia, en la cual se hallaba sin más y desde siempre”<sup>11</sup>. Con esto notamos que el hombre, desde que nace, se encuentra desde siempre ubicado sobre ciertas creencias que lo orientan y le permiten vivir; ahora bien: ¿Qué son las creencias?

“Con la expresión «ideas de un hombre» –Ortega nos dice- podemos referirnos a cosas muy diferentes. Por ejemplo: los pensamientos que se le ocurren acerca de esto o lo otro y los que se le ocurren al prójimo y él repite y adopta. Estos pensamientos pueden poseer los grados más diversos de verdad [...] Porque, sean pensamientos vulgares, sean rigurosas «teorías científicas», siempre se tratara de ocurrencias que en un hombre surgen, originales suyas o insufladas por el prójimo. Pero esto implica evidentemente que el hombre estaba ya ahí antes de que se le ocurriese o adoptase la idea. Esta brota, de uno u otro modo, dentro de una vida que preexistía a ella. Ahora bien, no hay vida humana que no esté desde luego constituida por ciertas creencias básicas y, por decirlo así, montada sobre ellas. Vivir es tener que habérselas con algo –con el mundo y consigo mismo. Mas ese mundo y ese «sí mismo» con que el hombre se encuentra le aparecen ya bajo la especie de una interpretación, de «ideas» sobre el mundo y sobre sí mismo. Aquí topamos con otro estrato de ideas que un hombre tiene. Pero ¡cuán diferente de todas aquellas que se le ocurren o que adopta! Estas «ideas» básicas que llamo «creencias» [...] no surgen en tal día y hora *dentro* de nuestra vida, no arribamos a ellas por un acto particular de pensar, no son, en suma, pensamientos que tenemos, no son ocurrencias ni siquiera de aquella especie más elevada por su perfección lógica y que denominamos razonamientos. Todo lo contrario: esas ideas que son, de verdad, «creencias» constituyen el continente de nuestra vida y, por ello, no tienen el carácter de contenidos particulares dentro de ésta. Cabe decir

---

<sup>11</sup>J. Ortega y Gasset: *Ideas y creencias*; Obras Completas, Tomo V. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1981; p. 407

que no son ideas que tenemos, sino ideas que somos. Más aún: precisamente porque son creencias radicalísimas se confunden para nosotros con la realidad misma –son nuestro mundo y nuestro ser-, pierden, por tanto, el carácter de ideas, de pensamientos nuestros que podían muy bien no habérsenos ocurrido”<sup>12</sup>.

Como podemos ver, las creencias son la interpretación pre-intelectual e infraconsciente de la realidad, que funcionan en nuestra vida como la plataforma en donde el pensamiento se mueve y asienta. Las ideas, por su parte, son pensamientos, o sea, ocupación intelectual, que se caracterizan principalmente porque a ellas llegamos de manera consciente. Aquí, los caracteres conciencia/infraconciencia no describen alguna situación psicológica en particular, sino que revelan la condición de que a unas –las creencias- las encontramos operando ya en nuestra vida, y otras –las ideas- aparecen en ella. El hecho de que las creencias operen en nuestra vida sin nosotros habernos percatado de ello, revela –de cierta forma- la fuerza con la que actúan; sin embargo, y con respecto a esto, las creencias experimentan distintos estados o grados de vigor. El profesor Acevedo nos lo hace notar señalando que: “Al concentrar nuestra atención en las creencias como tales, podemos descubrir “los diversos estados por que pasan. Un mismo contenido de fe –advierte Ortega-, puede actuar en épocas sucesivas de modos diferentes. Sin meternos en más finuras topamos, desde luego, con estos tres estados de una misma creencia: cuando es fe viva, cuando es fe inerte o «muerta» y cuando es duda”<sup>13</sup>. Al parecer, la orientación que nos proporcionan las creencias estaría determinada por el grado de fuerza con que ellas actúan en nuestras vidas; de manera que, según el estado de nuestra orientación o desorientación –según como se mire-, será también el estado de nuestras creencias.

### 3. La duda y la duda como creencia

Ortega nos dice que “el hombre, en el fondo, es crédulo o, lo que es igual, el estrato más profundo de nuestra vida, el que sostiene y porta todos los demás, está formado por creencias. [...] Pero en esa área básica de nuestras creencias se abren, aquí o allá, como escotillones, enormes agujeros de duda. Éste es el momento de decir que la duda, la verdadera, la que no es simplemente metódica ni intelectual, es un modo de creencia y pertenece al mismo estrato que ésta en la arquitectura de la vida. También en la duda *se está*”<sup>14</sup>. Aquí, vemos que la duda, cuando es radical, es un tipo de creencia pero con una particularidad especial: “no es una idea que podríamos pensar o no, sostener, criticar, formular, sino que, en absoluto, la somos”<sup>15</sup>. Lo anterior nos muestra que la duda –como

---

<sup>12</sup> *Ibíd.* p. 384

<sup>13</sup> J. Acevedo: *Ortega y Gasset ¿Qué significa vivir humanamente?*; Editorial universitaria, Santiago de Chile, 2015; p. 104

<sup>14</sup> J. Ortega y Gasset: *Ideas y creencias*; Ed. cit., p. 392

<sup>15</sup> *Ibíd.* p. 392

bien dice Ortega- nos pone delante de una realidad: “la duda nos arroja ante lo dudoso, ante una realidad tan realidad como la fundada en la creencia, pero que ella es ambigua, bicéfala, inestable, frente a la cual no sabemos a qué atenernos ni que hacer”<sup>16</sup>.

La duda a la que hace referencia Ortega en el párrafo anterior, es la duda existencial, radical o vital; y de ella podemos decir que es la interrogante que encontramos cuando nuestras creencias se ven sobrepasadas por la realidad. “Estar arrojado en la duda” es algo muy distinto a “tener una duda”. En el primer caso, la duda nos fagocita, resultando que lo dudoso nos ha hecho dudar de nosotros mismos –por eso la somos; estamos, como tal, en la duda. En el segundo caso, “tenemos la duda”, o sea, la duda no ha minado nuestras creencias –lo que somos-, y, por tanto, la “tenemos”–podríamos decir- en la mano.

Cada uno de nosotros ha vivido la experiencia de la duda y, por lo mismo, nos ha desorientado en algún ámbito; sin embargo, “es necesario –como dice el profesor Acevedo-, pues, distinguir nítidamente entre duda vital –la verdadera duda, que pertenece a la estructura misma de la vida humana en su nivel más radical-, de la duda metódica o intelectual. Esta es derivada de aquella, y pertenece al estrato metafísico de nuestras ideas-ocurrencias, mientras que la duda existencial pertenece al estrato metafísico más profundo de la vida, el de las creencias”<sup>17</sup>.

#### 4. El rol de las ideas y la aparición de la metafísica

Cuando nos encontramos con la duda, Ortega nos dice, “el hombre ejercita un extraño hacer que casi no parece tal: el hombre se pone a pensar. [...] Cuando todo en torno nuestro falla, nos queda, sin embargo, esta posibilidad de meditar sobre lo que nos falla. El intelecto es el aparato más próximo con que el hombre cuenta. Lo tiene siempre a mano. Mientras cree no suele usar de él, porque es un esfuerzo penoso. Pero al caer en la duda se agarra a él como a un salvavidas. Los huecos de nuestras creencias son, pues, el lugar vital donde insertan su intervención las ideas. En ellas se trata siempre de sustituir el mundo inestable, ambiguo, de la duda, por un mundo en que la ambigüedad desaparece. ¿Cómo se logra esto? Fantaseando, inventando mundos. La idea es imaginación. Al hombre no le es dado ningún mundo ya determinado. Solo le son dadas las penalidades y las alegrías de su vida. Orientado por ellas, tiene que inventar el mundo. La mayor porción de él la ha heredado de sus mayores y actúa en su vida como sistema de creencias firmes. Pero cada cual tiene que habérselas por su cuenta con todo lo dudoso, con todo lo que es cuestión. A este fin ensaya figuras imaginarias de mundos y de su posible conducta en ellos. Entre ellas, una le parece *idealmente* más firme, y a eso llama verdad. Pero conste: lo verdadero,

---

<sup>16</sup> Ibíd. p. 393

<sup>17</sup> J. Acevedo: *Ortega y Gasset ¿Qué significa vivir humanamente?*; Ed. cit., p.106

y aun lo *científicamente* verdadero, no es sino un caso particular de lo fantástico. Hay fantasías exactas. Más aún: solo puede ser exacto lo fantástico”<sup>18</sup>.

Con lo anterior podemos dar cuenta de un esquema general que nos permitirá comprender, en términos generales, todo cuanto se ha dicho: tenemos, pues, que el hombre vive sobre ciertas creencias que tienen –para él- el atributo de ser “la realidad”. Según el estado de sus creencias y la profundidad de las dudas que se le presenten en su vida, será el estado de orientación o desorientación en el que se encuentre. Ahora bien, las ideas, por su parte, funcionan intentado dar cuenta de lo que le es dudoso; las ideas, podríamos decir, funcionan en la medida que le permitan, al hombre, estar orientado.

La aparición de la metafísica, por todo lo dicho, surge cuando el hombre se encuentra desorientado radicalmente; esto es, cuando aparece en su vida el tipo de duda descrita como radical o existencial, la cual remece las creencias en las que se encuentra. Sin embargo, la metafísica -entendida como el hacer del hombre que busca una orientación radical en su vida porque, en términos radicales, su vida es radical desorientación; o sea, la metafísica como una función intelectual, como un pensar-, no es algo que suceda exclusiva y necesariamente en tales circunstancias; bien podría pasarle al hombre, radicalmente desorientado, llegar a la desesperación. Ortega nos lo explica diciendo que “la filosofía es una posibilidad histórica, como todo lo humano, y en consecuencia, *es algo a que se llega viniendo de otra cosa*. La historia es «venir de», «llegar a» y «dejar de». La filosofía [la metafísica en nuestro caso] solo puede brotar cuando han acontecido estos dos hechos: que el hombre ha perdido una fe tradicional y ha ganado una nueva fe en un nuevo poder de que se descubre poseedor: el poder de los conceptos o la razón. La filosofía es duda hacia todo lo tradicional; pero, a la vez, confianza en una *vía* novísima que ante sí encuentra franca el hombre. Duda o *aporía*, y *euporía* o camino seguro, *méth-odos*, integran la condición histórica de la histórica ocupación que es filosofar. La duda sin *vía* a la vista no es duda, es desesperación. *Y la desesperación no lleva a la filosofía, sino al salto mortal*. El filósofo no necesita saltar, porque cree tener un camino por el cual se puede andar, avanzar, y salir a la Realidad por propios medios”<sup>19</sup>.

Si bien es cierto, y tal como lo apunta Ortega, la metafísica es un hecho histórico que surge en un lugar y tiempo determinado; lo que nos interesa en este trabajo, es enfatizar en el fenómeno metafísico como un hacer personal, de cada cual. Aunque, sea dicho de paso, y por todo lo visto, la metafísica surge en el tránsito de una creencia a otra, cuando una creencia pierde su vigor, se transforma en duda existencial y el hombre –entre la posibilidad de desesperación- descubre una nueva fe; nosotros nos remitiremos, aquí, a mostrar la reflexión metafísica desarrollada por Ortega; intentando, en lo posible, seguirlo

---

<sup>18</sup> J. Ortega y Gasset: *Ideas y creencias*; Ed. cit., p. 394

<sup>19</sup> J. Ortega y Gasset; *La idea de principio en Leibniz*; Obras Completas, Tomo VIII. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1965; p. 268

con nuestros propios pensamientos; esto es, tomar su reflexión metafísica de forma personal.

## 5. El hacer metafísico

Nosotros nos encontramos ya en nuestra vida con algo llamado filosofía o metafísica, y decimos que son disciplinas de las que se ocupan ciertos hombres, que suelen ser algo complejas o difíciles; podemos decir, incluso, que nos pueden resultar hasta interesantes – como también que nos pueden resultar aburridas o irrelevantes. La cuestión es que, independiente de la percepción que tengamos de aquellas disciplinas, para nosotros, ciertamente, no son algo que necesitemos, dado que, de seguro, nos sentimos “ciertamente” orientados en nuestras vidas –por lo menos no nos encontramos en la duda vital. Para continuar con la exposición de este trabajo es importante caer en la cuenta de la necesidad de la metafísica. Ortega nos dice que “para entender verdaderamente algo, y sobre todo la Metafísica, no hace falta tener eso que se llama talento ni poseer grandes sabidurías previas; lo que, en cambio, hace falta es una condición elemental, pero fundamental: lo que hace falta es *necesitarla*”<sup>20</sup>; por lo tanto, si logramos, de alguna manera, vincularnos con aquella necesidad podremos, sin duda, encontrarle un sentido y comprender de mejor manera el planteamiento de Ortega.

“Es la metafísica una orientación radical -nos dice Ortega- [...] no acepta ninguna opinión de cuya firmeza no podamos responder. Por tanto, no da por segura ninguna opinión que no nos asegure a nosotros mismos. [...] El metafísico, al tener que renunciar a toda opinión que él mismo no se fabrique, al no poder recibir de los demás nada como bueno y firme, tiene que hacérselo él todo, o lo que es igual, tiene que quedarse solo. La metafísica es soledad. Los demás podrán ponernos en camino de ella, pero cuando, de verdad, hacemos metafísica, esto es, cuando nos fabricamos nuestras convicciones radicales tenemos que hacerlo cada cual por sí y para sí, en radical soledad. Nadie, por excelente que sea su voluntad, puede darnos hechas nuestras convicciones. Tenemos que *convencernos a nosotros mismos*”<sup>21</sup>. ¿Qué nos pide lo anterior? En resumen: debemos pensar por nosotros mismos y no dar por supuesto nada de lo que no hallamos pensado; esto es: nos tiene que constar a cada uno de nosotros lo que –en este caso- nos valla saliendo al paso.

---

<sup>20</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Ed. cit., p. 15

<sup>21</sup> *Ibíd.* p. 126



## 6. La pregunta fundamental y sus respuestas históricas

Teniendo en cuenta lo dicho en el punto anterior, recorramos ahora junto a Ortega el camino en la búsqueda de aquella orientación radical. Su planteamiento comienza de la siguiente manera: “Perdidos en nuestra vida, buscamos una orientación radical para ella. Orientarse supone una multiplicidad pura, un haber ante nosotros muchas cosas que no sabemos lo que son; ni cada una ni en la relación de unas con otras ni en su conjunto: en suma, supone caos”<sup>22</sup>. “Partimos –entonces- a la conquista de una seguridad radical que necesitamos porque, precisamente, lo que por lo pronto somos, aquello que nos es dado al sernos dado la vida, es radical inseguridad”<sup>23</sup>. Debemos, pues, “decidir el principio fundamental en el sistema de nuestras convicciones, la primera verdad, la verdad raíz y, por tanto, tendrá que ser radical. Radical en cuanto a la universalidad de su contenido: y radical en cuanto a la suficiencia independiente de su verdad”<sup>24</sup>.

Con estos criterios parte la búsqueda de la orientación radical que necesitamos para fundar -desde él- todo cuanto hay; aquí, Ortega nos plantea que el fundamento radical debe ser universal, vale decir, que bajo él tiene que darse todo lo que existe, debe valer como fundamento para todo lo que podamos encontrar en nuestra vida; además, debe ser independiente, o sea, que no debe haber ninguna otra verdad o fundamento al cual éste se encuentre supeditado. Tenemos entonces, que la primera verdad -o verdad radical- tiene que darnos una primera seguridad. Desde aquí, Ortega nos dice: “Mí vida es cuánto *hay*, cuanto encuentro en ella, y mi pregunta respecto a ese «cuanto *hay*» es esta: [...] ¿Qué debo pensar, por lo pronto, de cuánto hay? Lo *que* debo pensar de algo, el pensamiento acertado, o el acertado comportamiento intelectual mío ante algo es el *ser* de ese algo. Por eso mi primera pregunta, la que me lleva a una orientación radical es ésta: ¿Qué *es* lo que hay? No ¿*Qué hay?* Esto lo tengo ya, porque vivir es estar en las cosas, habérselas con ellas. [...] Aquí el «haber» no se refiere ya a las cosas, sino al «ser». En el caos en que estoy y que -por tanto- soy, hay innumerables elementos, fisonomías, formas: precisamente porque *hay* tantos ingredientes es un caos. Me hace falta decidir cuál entre esas fisonomías, elementos, formas, modos es el fundamental, aquel a que pueden reducirse todos los demás y del que lo demás no es sino derivación, resultado o combinación. Es decir, que entre todo lo que hay, hay algo que es la verdad del resto, por tanto, que es lo que *verdaderamente hay*”<sup>25</sup>.

Aclarando lo anterior, Ortega nos plantea que la pregunta fundamental es ¿Qué es lo que hay? o igualmente ¿Qué ser hay? En este sentido, lo que encontramos en nuestra vida, por ejemplo: los pensamientos, una piedra, el sol, yo, los hay; pero lo que no sabemos, en términos radicales, es qué son esas cosas, no sabemos su ser; por tanto, dicha pregunta debe

---

<sup>22</sup> Ibíd. p. 127

<sup>23</sup> Ibíd. p. 135

<sup>24</sup> Ibíd. p. 143

<sup>25</sup> Ibíd. p. 129

orientarse en la búsqueda acerca de eso que hay, de eso que existe, en donde todas las demás cosas no son sino resultado y derivaciones de aquello.

Con la pregunta fundamental ya constituida, la que nos asegura una vía por la cual habérmolas con la realidad radical, se hace necesario mostrar, bajo la mirada de nuestro pensador, las dos tesis que han sido las respuestas a esta pregunta a lo largo de la historia de la filosofía: el “realismo” y el “idealismo”. Todo aquello para encaminarnos hacia su pensamiento, que será el fundamento metafísico del trabajo que aquí se expone.

## 7. El realismo

Con respecto al realismo, él nos dice: “La realidad o el ser consiste en las cosas y su conjunto que llamamos mundo”<sup>26</sup>. “Cosas son lo que está ahí ya, sin que yo lo busque y antes de que yo lo busque. El conjunto de las cosas es el mundo. Este mundo está ahí y yo estoy en él, soy un trozo de él, una cosa del mundo. El mundo o realidad, o lo que verdaderamente es, se nos presenta, pues, como la gran cosa. Su modo de ser, su tipo de realidad, es el que se nos ofrece ante cualquiera de esos algos que llamamos cosas. Esta tesis –que, repito, es la más obvia, la inicial en la reacción de la mente individual-, encuentra, pues, las características o atributos del ser, en la cosa. Y por «cosa» entendemos ante todo lo que vemos y tocamos, lo que hallamos como nuestro contorno sensible”<sup>27</sup>.

“Una cosa es: 1º, algo que encuentro, que, por tanto, está ya ahí por sí, con independencia de mí. El *ser* de esa pared –Ortega toma como ejemplo a una pared- es, por lo pronto, un estar ahí ya y por cuenta propia; 2º, el ser de lo que está ahí, en cuanto esta *ya* ahí, es un ser conclusivo, fijado, un ser ya lo que se es. [...] Esta tesis define muy bien un cierto modo de ser que es el de las llamadas «cosas», y como éstas son, sin duda, algo que hay, define el ser de algo que indubitablemente hay. Pero no está dicho que las «cosas» sean lo más radical que hay, que todo lo que hay pueda reducirse a ese modo de ser. Esta tesis significa elevar a prototipo de todo ser en el modo peculiar de ser la «cosa», la *res*, y por ello se llama realismo. El realismo, pues, consiste en la afirmación o tesis de que todo lo que es, en definitiva, es como es la cosa”<sup>28</sup>.

El realismo, según se afirma, es la respuesta que nos dice que todo cuanto hay es como la cosa, y como vimos, la cosa tiene por atributos: 1) que es algo que está ahí con independencia de mí; y 2) que su ser es fijo, invariable. Como la piedra, el río o una pared que encuentro delante mío, estas cosas son independientes de mí –ya que existen sin mi intervención-, y su ser es un ser conclusivo, fijo e invariable; no intentaran seguir siendo en

---

<sup>26</sup> Ibíd. p. 130

<sup>27</sup> Ibíd. p. 130

<sup>28</sup> Ibíd. p. 131

cada momento ni piedra ni rio, ni pared, su ser ya los determina como tales. Sin embargo, no queda todo resuelto al reducir el ser de lo que hay al ser de la cosa; Ortega nos plantea esto diciéndonos lo siguiente: “porque es evidente que si me hallo lejos de esta habitación – la habitación tomada como ejemplo- yo no puedo ya estar seguro de que está ahí. Con cerrar los ojos esa pared [la pared de la habitación] desaparece, deja de estar ahí. Por tanto, no era tan firme mi afirmación de que están ahí por sí. En el «estar ahí» de las cosas intervengo yo. Están ahí en tanto que las veo, las toco, las pienso. Solo entonces resulta indubitable, seguro, su «estar ahí». Claro que es muy probable que esta habitación siga estando ahí cuando yo me voy, pero una tesis de orientación radical, y sobre todo la primera que va a ser decisiva para el resto, *no tolera probabilidades. Tiene que ser plenamente firme*. Las tesis probables, inseguras, eran las que tenía en mi vida antes de resolverme a la radical orientación, y porque eran tales yo me sentía perdido en un caos. [...] En suma, la tesis que afirma: la Realidad es el Mundo, es las cosas, resulta que complica otra: la realidad es un sujeto que piensa el Mundo, las cosas”<sup>29</sup>.

Lo anteriormente expuesto es la crítica y el punto débil que Ortega distingue en la tesis del realismo. Para que las cosas sean, es necesario que alguien perciba su ser, que evidencie que las haya. Probablemente, si veo una piedra y después me alejo del lugar en donde se encuentre, la piedra seguirá estando ahí, pero sin mi asistir -antes de ver la piedra- no habría piedra; su existencia depende, para mí, que, antes que todo, “yo asista a su existencia”, la vea. Lo que buscamos es una certidumbre tal, “que no deje dudas” con respecto a lo que hay. La tesis realista al dejar fuera al sujeto que ve y presencia la existencia de –en este caso- la piedra, no cumple con el requisito de asegurarse a sí misma, tal como la primera verdad, la verdad radical que buscamos exige. Ortega resume las objeciones contra el realismo diciéndonos lo siguiente: “que al hacer ella –la tesis realista- una afirmación universal sobre la realidad, al trazar el círculo o ámbito máximo de lo que verdaderamente hay, se deja afuera a sí misma. Lo real son las cosas, afirma, pero eso es por lo pronto un pensamiento mío y mientras pienso la exclusiva realidad de las cosas estoy de hecho añadiendo una realidad distinta: la del pensamiento en que lo pienso”<sup>30</sup>.

## 8. El idealismo

Con respecto al idealismo, y considerando las objeciones hechas al realismo en los párrafos anteriores, podemos vislumbrar alguna noción de lo que representa esta nueva tesis. Tenemos, pues, que, la realidad radical –según el idealismo- vendría siendo el pensamiento, en el que se representan todas las cosas del mundo; como nos explica Ortega con el ejemplo de la pared: “La realidad de esta pared es problemática: la realidad de mi visión de esta pared indubitable. Esta es, pues, la realidad firme, la de mis pensamientos,

---

<sup>29</sup> Ibíd. p. 132

<sup>30</sup> Ibíd. p. 141

mis ideas”<sup>31</sup>. Y siguiendo con esta aclaración: “la realidad del mundo solo resulta indubitable cuando además del él estoy yo viéndolo, tocándolo, y pensando que está ahí. Depende, pues, la seguridad de su realidad, de mi realidad. Esta, la existencia, la realidad de un sujeto que piensa la realidad del mundo, es lo que asegura con carácter indubitable esa realidad de éste. Pero entonces el mundo no es real por sí y en sí, si no en mí y por mí. Es real en tanto que mi pensamiento lo pone, lo piensa como real. Más ello revela que la realidad radical no es la suya sino la mía. La realidad de una cosa, no puede, en consecuencia, ser radical, esto es, única, puesto que para que sea segura la realidad de algo es precisa, con forzosidad antecedente, la realidad de alguien que lo piense”<sup>32</sup>. “El pensamiento sería pues, la materia de que todo está hecho, sería la realidad radical, la única. Y como cualquier otro algo que pudiera haber, para ser habido tiene que ser pensado, queda de antemano incluido en la tesis que se nos presenta como invulnerable, ya que no parece complicar ninguna otra tesis que no vaya desde luego incluida en ella”<sup>33</sup>.

Tenemos, por tanto, que el idealismo es la tesis que resume todo cuanto hay bajo la figura del pensamiento, todo lo que se da se da como pensamiento. La tesis idealista no tiene el inconveniente de dejarse fuera a sí misma, a diferencia del realismo. “La afirmación de que la realidad es el pensamiento se incluye a sí misma, porque ella es un pensamiento”<sup>34</sup>.

Con respecto a las objeciones a la tesis idealista, me parece provechoso comenzar mostrando los conceptos de Ortega referentes al “pensamiento-objeto” y al “pensamiento-en-ejecución”. El pensamiento es una realidad que para “ser”, necesita de un segundo instante para reparar en sí mismo, para darse cuenta; y esto es lo que Ortega denomina como “pensamiento-objeto”; en el cual, el pensamiento es para sí, y no tiene más contenido que la estructura general de un pensamiento. Esto se da en el caso de la alucinación o de cualquier vivencia que experimentamos, que, vista desde un segundo momento, se toma por pensamiento, en el que lo importante es el descubrimiento de que lo pensado –tanto la alucinación como el recuerdo de lo vivido- es una imagen del propio sujeto y no ya una realidad fáctica, vigente e inmediata. Por otra parte, el “pensamiento-en-ejecución” es lo que se da en el instante mismo –en el mismo presente- cuando el sujeto interactúa con algo, sin tomarlo como pensamiento. En el caso de la alucinación, el pensamiento-en-ejecución es el “vivenciar la alucinación”. Nos aclara esto Ortega diciendo: “El pensamiento como ejecutividad, como algo ejecutándose y mientras se ejecuta no es objeto para sí, no existe para sí, no lo hay. Por eso, es incongruente llamarlo pensamiento. Para que haya

---

<sup>31</sup> Ibíd. p. 132

<sup>32</sup> Ibíd. p. 138

<sup>33</sup> Ibíd. p. 140

<sup>34</sup> Ibíd. p. 141

pensamiento es menester que se haya ejecutado ya y que yo desde fuera de él lo contemple, me lo haga objeto”<sup>35</sup>.

Lo que se nos plantea aquí, es que la facticidad de los sucesos, de las situaciones inmediatas en la cual nos vemos envueltos con los objetos –sea la alucinación, contar números, o ver una pared-, quedan fuera de la tesis idealista. Como nos dice nuestro pensador: “Cuando solo hay pensamiento no hay efectivamente lo en él pensado. Cuando solo hay mi ver esa pared, no hay pared. Pensamiento es, pues, una convicción no vigente: porque no se ejecuta ya sino que desde fuera de ella se la mira. Pensamiento es, pues, un aspecto objetivo que toma la convicción cuando ya no convence. Pero es el caso que ese aspecto lo adopta ahora, es decir, que es mi nueva convicción, la que ahora ejecuto, la que es vigente. Vigente es solo la convicción actual, actuante, la que aún no existe para mí y, por tanto, no es pensamiento sino absoluta *posición*”<sup>36</sup>. [...] “Para que la tesis idealista, como cualquier otra, sea verdadera, es menester que se reconozca vigencia a la convicción en que ejecutamos esa tesis; esto es, que lo que esa convicción cree que hay absolutamente, lo pongamos como absoluta realidad. Pero esto equivale a decir que solo hay realidad cuando no existe para nosotros el acto en que la pensamos, cuando no es nuestro objeto sino que lo ejecutamos o lo somos. De modo que la condición bajo la cual es firme una tesis excluye precisamente la firmeza o verdad de la tesis idealista”<sup>37</sup>.

La crítica de Ortega hacia el idealismo se puede mostrar destacando el concepto de inmediatez que reclama la realidad, “la realidad incuestionable tiene que ser presente, patente. A este ser presente y patente hemos llamado inmediatez”<sup>38</sup>. Al hacer consistir la realidad en pensamiento, en donde solo existe el sujeto, el idealismo no ha podido dar cuenta de la inmediatez de mi trato con lo otro que yo, de mi acto cuando lo vivo, lo ejecuto -y no lo pienso. Pensamiento, “es un concepto que significa rigurosamente esto: que yo puedo hacerme presente lo que, en verdad, no me es presente porque no existe. La cosa, en cuanto pensada, no necesita existir”<sup>39</sup>. Cuando vivo y me ocupo con lo otro que yo de forma inmediata, en su presencia y patencia ante mí, el pensamiento como tesis fundamental, queda fuera de tal realidad.

## **9. Hacia la teoría de la vida humana de Ortega**

Aunque no sin inconvenientes, dada la complejidad del tema, la vía recorrida hasta aquí no ha sido en absoluto en vano. De la mano de Ortega hemos recorrido las dos tesis en la historia de la filosofía: el realismo, que ocupa el primer lugar –cronológicamente

---

<sup>35</sup> Ibíd. p. 147

<sup>36</sup> Ibíd. p. 147

<sup>37</sup> Ibíd. p. 148

<sup>38</sup> Ibíd. p. 155

<sup>39</sup> Ibíd. p. 157

hablando-; y el idealismo, que, “como en una tierra firme, ha vivido, con una u otra modulación, la humanidad occidental desde 1600 hasta nuestros días”<sup>40</sup>. “Es, como dice Ortega, «la tesis en que estamos». Vivimos en un mundo forjado por el idealismo. La cuestión es si podemos seguir en aquella tesis, porque todo hace sospechar que ese mundo idealista se resquebraja y hunde”<sup>41</sup>. La situación que se nos presenta aquí es bastante problemática; hemos ensayado las respuestas que se han dado en torno a la pregunta fundamental a lo largo de la historia del pensamiento, y hemos reparado en que ellas no han sido capaces de darnos aquello que buscamos, la orientación radical. Ha llegado el momento de encaminarnos hacia la idea de la vida humana de José Ortega y Gasset.

Para introducirnos en la idea de la vida humana de Ortega, es conveniente mostrar lo que nuestro pensador concluye respecto a las tesis anteriormente expuestas; él nos dice: “La realidad no es la existencia de la [cosa] sola y por sí –como quería el realismo-, pero tampoco es la de la [cosa] en mí como pensamiento mío, mi existencia sola y por mí. La realidad es la coexistencia mía con la cosa. Esto, fíjense bien, no se permite negar que la [cosa] puede existir además sola y por sí. Se limita a declarar que tal ultra-existencia más allá de su coexistir conmigo es dudosa, problemática. Pero el idealismo afirma que la [cosa] no es sino un pensamiento mío, que solo la hay en mí, que solo yo existo. Esto es ya añadido hipotético, problemático, arbitrario. La idea misma de pensamiento o de conciencia es una hipótesis, no un concepto formado ateniéndose pulcramente a lo que hay tal y como lo hay. La verdad es la pura coexistencia de un yo con las cosas, de unas cosas ante el yo”<sup>42</sup>.

## **CAPITULO II:**

### **La vida humana**

#### **10. La vida humana como la realidad radical**

Si recordamos la crítica que Ortega le plantea al idealismo –aquella con respecto a la inmediatez-, nos encontramos con que: “la verdad de lo inmediato es, como hemos visto, lo contrario: que siempre que hay yo hay otra cosa que yo, frente a mí, en mi alrededor. He aquí por qué digo que el idealista recae en un extraño realismo. En vez de dejar la pared existiendo con este peculiar carácter de existir que es estar ahí frente a mí, la disuelve en mí, y hace consistir la realidad en algo independiente como el realista, solo que ahora lo

---

<sup>40</sup> *Ibíd.* p. 132

<sup>41</sup> *Ibíd.* p. 133

<sup>42</sup> *Ibíd.* p. 149 Los paréntesis cuadrados en la palabra “cosa” remplazan el ejemplo de la mesa en el texto de original de Ortega.

independiente es mi pensamiento, soy yo. A esto no da derecho la pura descripción de lo inmediato; hacer de ello pensamiento, sostener que las cosas son pensamiento, subjetividad, yo, es solo una hipótesis, tan hipótesis como la realista. No es la pura tesis de lo inmediato, que nos hace falta”<sup>43</sup>. Y ante el problema de lo inmediato, el haber yo y las cosas, señala: “Pero esto nos obliga a buscar un concepto más adecuado y un nombre para esa realidad radical y absoluta que es lo inmediato. Hemos dicho que éste consiste siempre en la coexistencia de un yo con lo que no es él, con las cosas; inseparables éstas de mí y yo de ellas. Existo yo, pero no aparte y en mí, sino que mi existir consiste ahora en existir conmigo esta habitación. Este ser yo junto con ella y con cuanto en ella hay patente es lo que verdaderamente hay. Yo no pienso esta habitación: mi verla ahora ante mí no es para mí un pensarla, sino es un absoluto encontrarme con ella y en ella, un inexorable tener que contar con ella. Pues bien, esa realidad absoluta en que un yo tiene que contar con lo que [él] no es y, por tanto, su existir es desde luego y absolutamente un existir en lo otro, fuera de sí: ¿Qué es sino vivir? (Fuera es el mundo.) [...] *Yo no soy mi vida. Esta, que es la realidad, se compone de mí y de las cosas. Las cosas no son yo ni yo soy las cosas: nos somos mutuamente trascendentes, pero ambos somos inmanentes a esa coexistencia absoluta que es la vida*”<sup>44</sup>.

Aquí topamos por primera vez, y formalmente, con el pensamiento clave que fundara nuestra orientación radical: la idea de la vida humana, la de cada cual, como la raíz de todo cuanto hay, de todo cuanto es. La vida humana de cada uno de nosotros, que es vivida y sentida en cada instante por cada uno de nosotros ¿no es sino el lugar en donde se nos presenta todo cuanto hay, y en el cual permanecemos indisolublemente, por lo menos hasta el misterio de la muerte? Me parece que ante esta prueba tan evidente, tan diáfana como lo es, no hace falta mostrar más evidencia que la que cada uno de nosotros -reflexionando un poco acerca de ello- encuentre, y se diga a sí mismo con la mayor honestidad y autenticidad si lo que nos plantea Ortega es cierto o no.

Julián Marías –discípulo de Ortega- nos ayuda a comprender lo anterior diciendo: “REALIDAD radical es aquella en que tienen su raíz todas las demás, es decir, en que aparecen en cualquier forma como realidades, y por eso las «encuentro» y tengo que habérmelas con ellas. En este sentido, todas las otras realidades son «radicadas», se constituyen como realidades en ese «donde» o ámbito que es la realidad radical, cualquiera que sea la índole de eso que en cada caso es real; de otro lado, realidad radical es lo que queda cuando elimino todas mis ideas, teorías e interpretaciones; lo que resta cuando me atengo a lo que, quiera o no, encuentro irreductiblemente y me obliga a forjar ideas, teorías e interpretaciones. La realidad radical –esta es una tesis central del pensamiento de Ortega- es la vida humana; más exactamente, *mi vida*, la de cada cual. Cuando prescindo de todo lo que mi pensamiento agrega a la realidad, cuando me quedo con la realidad nuda,

---

<sup>43</sup> *Ibíd.*, p. 159.

<sup>44</sup> *Ibíd.*, p. 160.

encuentro: las cosas y yo, yo con las cosas, quiero decir, yo haciendo algo con las cosas; y esto es *vivir*, esto es *mi vida*. Toda realidad, cualquiera que sea, se me presenta o aparece *en mi vida*; ésta es el ámbito o área donde se constituye toda realidad *en cuanto realidad*; esto quiere decir, aparte de lo que acontezca a «eso que es real»; por ejemplo, si algo es independiente de mi vida, es independiente *de mi vida*, y lo encuentro en ella como independiente; si algo es trascendente a mi vida, en ésta acontece mi «encuentro» con ello, que es lo único que me permite hablar de ello y descubrir su trascendencia; si, por último, algo es imposible, y por tanto no existe en ningún sentido, ni en mi vida ni fuera de ella, en mi vida se da, sin embargo, mi encuentro con su «realidad», que en este caso es su imposibilidad<sup>45</sup>.

Aquí, se hace necesario hacer la distinción entre la realidad radical, que es la vida de cada cual, y la teoría de la vida humana. Puesto que la teoría no es más que teoría, y la realidad radical es lo que hay cuando desalojo todas las teorías e interpretaciones de lo que hay cuando me encuentro viviendo, tenemos, pues, que: “Lo que es realidad estricta es *mi vida*, es decir yo con las cosas, yo haciendo algo con mi circunstancia. Hablar en general de «vida humana» es ya una interpretación, teoría o doctrina, todo lo justificada y verdadera que se quiera, pero no por eso menos teórica. La vida humana «en general» no existe, no es real; la que lo es es *mi vida* –la de cada cual, en la medida en que cada uno va dando su significación a esta expresión circunstancial-; mi vida, que no solo es *ésta* en el sentido de ser vida individual, sino en otro más profundo y decisivo: que es una absoluta posición de realidad *irreductible*, circunstancial y concreta<sup>46</sup>.”

Ortega nos dice que “para topar con ésta –la primaria realidad- en su efectiva desnudez fuera preciso quitar de sobre ella todas esas creencias de ahora y de otros tiempos, las cuales son no más que interpretaciones ideadas por el hombre de lo que encuentra al vivir, en sí mismo y en su contorno<sup>47</sup>”. De su mano, y en alguna medida, hemos ensayado el desvelamiento de las creencias con que nos hemos encontrado, y, hemos descubierto que la realidad radical es mi vida, la de cada cual, aquí y ahora.

## 11. La vida humana como acontecimiento

Tenemos, pues, que la vida humana es la realidad radical, y esto ya nos es evidente por todo lo dicho anteriormente; como dice Ortega: “Esta genuinidad inexorable y a sí misma evidente, indubitable, incuestionable de nuestra vida, repito, la de cada cual, es la primera razón que me hace denominarla «realidad radical»<sup>48</sup>”. También, hemos dicho, que la

---

<sup>45</sup> Julián Marías: *Idea de la metafísica*; Obras de Julián Marías, Tomo II. Ed. Revista de Occidente, Madrid 2º Ed. p.396

<sup>46</sup> *Ibíd.*, p.402

<sup>47</sup> J. Ortega y Gasset: *Ideas y creencias*; Ed. cit., p. 399

<sup>48</sup> J. Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*; Ed. cit., p. 100



realidad radical –o la vida humana- consiste en la coexistencia mía con las cosas, o sea, yo relacionado con lo otro que yo. “El hombre -nos dice Ortega- es un incesante, ineludible y puro hacer. Hace su hacienda, hace política, -lee este trabajo- [...]; y cuando parece que no hace nada es que espera, y esperar, vuestra experiencia os lo confirma -señala-, es a veces un terrible y angustioso hacer: es hacer tiempo”<sup>49</sup>; por lo tanto, “la coexistencia –nos dice-, pues, no significa un estático yacer el mundo y yo, al lado uno de otro y ambos en un ámbito ontológico neutro, sino que ese ámbito ontológico –la existencia, sea de mi persona, sea de las cosas- está constituido por el puro y mutuo dinamismo de un acontecer. A mí me acontecen las cosas, como yo les acontezco a ellas, y ni ellas ni yo tenemos otra realidad primaria que la determinada en ese recíproco acontecimiento. La categoría de «absoluto acontecimiento» es la única con que, desde la ontología tradicional, puede comenzarse a caracterizar esta extraña y radical realidad que es nuestra vida. La vieja idea del ser que fue primero interpretada como sustancia y luego como actividad –fuerza y espíritu- tiene que enrarecerse, que desmaterializarse todavía más y quedar reducida a puro acontecer. El ser es algo que pasa, es un drama. [...] Todo residuo estático indica que no estamos ya en la realidad, sino que tomamos por tal lo que solo es precipitado de nuestra interpretación, mera idea nuestra, intelectualización”<sup>50</sup>.

Lo anterior nos plantea el problema de la vida humana considerándola desde las ideas de lo estático y lo dinámico, de ser algo fijo e invariable, o de ser acontecimiento. Para hacernos cargo de esto debemos, aunque sea de manera general, decir algo respecto al concepto de “ser”, lo que nos remite, irremediabilmente, a los orígenes del pensamiento occidental. Ortega nos dice que el hombre europeo y, por extensión, el hombre occidental, es un heredero del hombre griego –“el pensamiento griego se constituye en Parménides”<sup>51</sup>-. “Desde Parménides –Ortega señala-, cuando el pensador ortodoxo busca el ser de una cosa entiende que busca una consistencia fija y estática, por tanto, algo que el ente *ya* es, que *ya* lo integra o constituye. El prototipo de este modo de ser, que tiene los caracteres de fijeza, estabilidad y actualidad [=ser *ya* lo que es]), el prototipo de tal ser será el ser de los conceptos y los objetos matemáticos, un ser invariable, un ser-siempre-lo-mismo. Como se encontraba con que las cosas del mundo en torno eran mudadizas, eran «movimiento», comienza por negar su realidad. Aristóteles, más cuerdo, renuncia a tal absolutismo y adopta una solución *juste milieu*. Busca en la cosa mudable lo que en su cambio no varía, lo que en su movimiento permanece. A eso es a lo que llamo la «naturaleza» de las cosas, por tanto, lo que en la cosa real *parece* ocultarse de ser como son los conceptos y los objetos matemáticos. La *physis* -la naturaleza-, era el principio invariable de las

---

<sup>49</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Ed. cit., p.25

<sup>50</sup> J. Ortega y Gasset: *Prologo para alemanes*; Obras Completas, Tomo VIII. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1965; p.52

<sup>51</sup> J. Ortega y Gasset: *Historia como sistema*; Alianza Editorial, Madrid, 1987; p.31

variaciones. De este modo se hacía posible conservar el eleatismo<sup>52</sup> fundamental del ser y, sin embargo, pensar como realidades las cosas que para el eleatismo absoluto carecían de auténtica realidad, de *ousia -ousia* entendida como sustancia-. La idea del tiempo, intercalándose entre la *ousia* invariable y los estados diversos de la cosa, servía de puente entre la unidad latente del ser y su aparente multiplicidad. La *res* quedaba aquí concebida como algo que tiene en su entraña –en su *arje* [en su principio]- la misma condición ontológica que el concepto y el triángulo: la identidad, la invariabilidad radical, la estabilidad, la profunda quietud que para el griego significa el vocablo *ser*”<sup>53</sup>.

Tenemos, pues, que al ser de las cosas se le han atribuido los caracteres de fijeza, invariabilidad e identidad, que son los caracteres propios del comportamiento intelectual común. Esto se ha mantenido así, incluso con el descubrimiento kantiano; Ortega nos dice que, hasta Kant, no se había reparado cuando se pensaba en la realidad, en la distinción entre lo que el pensamiento ponía y lo que pertenecía propiamente al objeto; “en rigor, hasta Kant no se ha empezado a ver con claridad que el pensamiento no es copia y espejo de lo real, sino operación transitiva que sobre él se ejecuta, intervención quirúrgica en él”<sup>54</sup>. Aquí, caemos en la cuenta, tal como con respecto al idealismo y al realismo, que en lo real interviene el pensamiento; sin embargo, el esfuerzo que Ortega despliega –en este punto- se enfoca en la des-intelectualización de lo real, en la extirpación de los caracteres eleáticos que el pensamiento le pone a lo real: “En la formidable cruzada de liberación del hombre que es la misión del intelecto ha llegado un momento en que necesita éste liberarse de su más íntima esclavitud, esto es, de sí mismo. De donde resulta que, precisamente por habernos Kant enseñado que el pensamiento tiene *sus* formas propias que proyecta sobre lo real, el fin del proceso por él iniciado consiste en extirpar a lo real todas esas formas, que le son, a la vez, inevitables y ajenas, y aprender a pensar en un perpetuo ¡alerta!, en un incesante *modus polendo tollens*. En suma, tenemos que aprender a desintelectualizar lo real a fin de serle fieles”<sup>55</sup>.

Todo lo anterior hace referencia a que, cuando el hombre ha buscado el ser de lo humano, su sustancia o su naturaleza, se ha encontrado con que aquella realidad se ha resistido a interpretarse bajo las formas eleáticas; como nos dice Ortega: “Mal podía la razón físico-matemática, en su forma crasa de naturalismo o en su forma beatífica de espiritualismo, afrontar los problemas humanos. Por su misma constitución, no podía hacer más que buscar la naturaleza del hombre. Y, claro está, no la encontraba. Porque el hombre no tiene naturaleza. El hombre no es su cuerpo, que es una cosa; ni es su alma, psique, conciencia o espíritu, que es también una cosa. El hombre no es cosa ninguna, sino

---

<sup>52</sup> Por eleatismo, Ortega comprende el pensamiento que considera el “ser” de las cosas bajo los caracteres de fijeza y estabilidad, remitiendo esta idea –como se consigna-, a Parménides de Elea.

<sup>53</sup> *Ibíd.* p. 32

<sup>54</sup> *Ibíd.* p. 33

<sup>55</sup> *Ibíd.* p. 34

un drama –su vida, un puro y universal acontecimiento que acontece a cada cual y en que cada cual no es, a su vez, sino acontecimiento”<sup>56</sup>.

La vida humana, la de cada cual, tal como se dijo, no es sino acontecimiento; lo cual no significa un mero pasar o acontecer pasivo, como el cometa que viaja por el espacio, o el sol que se esconde en el atardecer. El hombre, cada uno de nosotros, está determinado a hacer algo; a hacer tiempo, la guerra o el amor; e incluso, como dice Ortega, “el que ni siquiera espera, el que verdaderamente hace nada, el *faitnéant*, ese hace la nada, es decir, sostiene y soporta la nada de sí mismo, el terrible vacío vital que llamamos aburrimiento, *spleen*, desesperación”<sup>57</sup>. El acontecer de la vida humana, por lo tanto, consiste en el particular fenómeno de sentirse ella misma, de decidirse ella misma y, -especialmente- de hacerse ella misma. Estos caracteres –de los cuales diremos algo más- se comprenden solamente bajo la idea de la vida humana como acontecer.

## 12. Yo y la circunstancia como los componentes de la vida humana

Hasta este punto hemos utilizado los conceptos de hombre, yo, cosas, mundo etc., que nos han servido para dar cuenta de lo que es la vida humana como realidad, radicalidad y acontecimiento. Sin embargo, es necesario reducir todos aquellos términos a las expresiones que en Ortega concentran y sintetizan radicalmente lo que hay: la vida humana en su concreta realidad. En términos radicales, solamente hay un “yo” y lo otro que yo, que Ortega denomina como “circunstancia”. Hombre, cosas, mundo son interpretaciones recibidas que nos han servido para dar cuenta de ese carácter dual que encontramos cuando nos encontramos viviendo; en efecto, es en aquella relación dual de realidades –realidades abstractas por lo demás- donde se da el atributo dinámico del acontecer, entendido éste como la relación dinámica y co-determinante entre yo y lo otro que yo.

En cuanto al yo y la circunstancia, es preciso decir que: “Mi vida es aquello donde nos encontramos yo y mi circunstancia. Tanto el yo como la circunstancia, tomados separadamente, son lo abstracto frente a la vida por la sencilla razón de que son sólo partes de ella. [...] Es, pues, mi vida lo concreto, aquello donde crecen, conjuntamente, el yo y la circunstancia, es decir, todo lo que hay”<sup>58</sup>. Aquí, como nos aclara el profesor Acevedo, no existe ni la circunstancia sin un yo, ni un yo sin circunstancia; la vida de cada cual es lo radical que se nos da bajo la relación recíproca de acontecimiento entre el yo y la circunstancia; lo concreto y real es la vida y, sus componentes, el yo y la circunstancia, son los elementos abstractos que se hacen realidad en mi vida, la de cada cual.

---

<sup>56</sup> *Ibíd.* p. 37

<sup>57</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Ed. cit., p. 25

<sup>58</sup> J. Acevedo: *Hombre y mundo*; Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1983; p. 51

En una de sus obras Ortega nos habla algo acerca del fenómeno de ensimismamiento, que es, en términos simples: un atributo que se ha ido forjando el hombre, consistente en desatender al mundo y desarrollar una interioridad, algo otro que el mundo en derredor. Él nos dice que “el hombre puede, de cuando en cuando, suspender su ocupación directa con las cosas, desasirse de su derredor, desentenderse de él, y sometiendo su facultad de atender a una torsión radical –incomprensible zoológicamente-, volverse, por decirlo así, de espaldas al mundo y meterse dentro de sí, atender a su propia intimidad o, lo que es igual, ocuparse de sí mismo y no de *lo otro*, de las cosas. Con palabras, que de puro haber sido usadas, como viejas monedas, no logran ya decirnos con vigor lo que pretenden, solemos llamar a esa operación: pensar, meditar. Pero estas expresiones ocultan lo que hay de más sorprendente en ese hecho: el poder que el hombre tiene de retirarse virtual y provisoriamente del mundo, y meterse dentro de sí, o dicho con un espléndido vocablo, que solo existe en nuestro idioma: que el hombre puede *ensimismarse*”<sup>59</sup>. El fenómeno del ensimismamiento representa la aparición del yo como lo distinto a la circunstancia; en él surge la conciencia, el darse cuenta y saberse como algo completamente distinto al resto de lo que hay. Ni la piedra, ni la planta, ni el animal reparan en su ser porque ellos no tienen un dentro, un interior; por tanto, de ellos, podríamos decir que son parte de la naturaleza y que se rigen mecánicamente por las leyes naturales; sin embargo, el hombre, es el único ser en el mundo que posee una interioridad, de la cual podríamos decir que es la matriz en donde surge: primero: la cadauneidad, el yo que es cada cual; y, segundo: las características inherentes al pensamiento, que, no obstante –como veremos- son circunstanciales.

En un primer acercamiento a lo que es el “yo” y lo que es la “circunstancia”, diremos primero que: “La vida nos es dada, puesto que no nos la damos a nosotros mismos, sino que nos encontramos en ella de pronto y sin saber cómo”<sup>60</sup>. Esto significa que, cuando nos encontramos viviendo nos encontramos con un cuerpo determinado, en una familia, en una sociedad, en un país, en un tiempo..., en suma, en una circunstancia determinada. Ahora bien, ¿Quién en ese que se encuentra viviendo bajo esa determinada circunstancia? Si hacemos el ejercicio de acotar desde lo más general y lejano nuestra circunstancia a lo más próximo a nosotros, al yo, la figura del yo se ira perfilando, no sin dificultad. Por lo pronto, basta decir que, tanto el yo como la circunstancia son co-determinantes y co-dependientes entre sí, y que no se da lo uno sin lo otro.

### 13. Acerca del yo

Primero que todo, y según lo dicho hasta aquí, el yo que es cada uno, no es una cosa –no es sustancial-, y es una realidad abstracta que se concreta en mi vida. “Ese yo que es usted amigo mío –nos señala Ortega-, no consiste en su cuerpo, pero tampoco en su alma,

---

<sup>59</sup> J. Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*; Ed. cit., p. 84

<sup>60</sup> J. Ortega y Gasset: *Historia como sistema*; Ed. cit., p 13

conciencia o carácter. Usted se ha encontrado con un cuerpo, con un alma, con un carácter determinado, lo mismo que se ha encontrado usted con una fortuna que le dejaron sus padres, con la tierra en que ha nacido y la sociedad humana en que se mueve. [...] el yo que es usted se ha encontrado con estas *cosas* corporales o psíquicas al encontrarse viviendo. Usted es el que tiene que vivir *con* ellas, *mediante* ellas. [...] El alma queda, pues, tan fuera del yo que es usted, como el paisaje alrededor de su cuerpo. Si usted se empeña, diremos que su alma es de las cosas con que usted se ha encontrado, la más próxima a usted, pero no es usted mismo”<sup>61</sup>.

El yo es entendido por Ortega como un proyecto de existencia o programa de vida; él nos dice: “Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyecto en que consiste el yo no es una idea o plan ideado por el hombre y libremente elegido. Es anterior, en el sentido de independiente, a todas las ideas que su inteligencia forme, a todas las decisiones de su voluntad. Más aun, de ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro autentico *ser*, es nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para *realizar o no* ese proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse. El mundo en torno o nuestro propio carácter nos facilitan o dificultan más o menos esa realización. La vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha frenética con las cosas y aun con nuestro carácter por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto”<sup>62</sup>. El proyecto de existencia consiste en la vocación que el hombre va descubriendo en su vida. Nosotros entendemos comúnmente por vocación a esa voz que en lo más interno de cada uno nos dice en cada momento lo que debemos hacer y, por tanto, ser. “Cada hombre –nos dice Ortega-, entre sus varios seres posibles, encuentra siempre uno que es su auténtico ser. Y la voz que le llama a ese autentico ser es lo que llamamos «vocación»”<sup>63</sup>. Por ejemplo, si yo quiero ser pianista, o sea, tengo la vocación de ello; las circunstancias me facilitarían o me dificultarían la tarea. Desde no tener un piano en mi casa, o una mala coordinación motriz en los dedos de la manos –que serían dificultades-, hasta nacer en una familia de músicos con múltiples instrumentos –que sería, evidentemente, una facilidad, las circunstancias, como se ve, desde las materiales hasta las psíquicas, condicionan nuestro proyecto de vida.

Ahora bien, de la vocación no forma parte ni el carácter, ni la voluntad, ni la inteligencia, estas son partes de las circunstancias que: o ayudan a realizar la vocación o la dificultan. Tampoco la vocación es un imperativo de hacer en la vida, uno puede ser fiel o no a su destino, y vivir tanto autentica como inauténticamente; como dice Ortega: “El

---

<sup>61</sup> J. Ortega y Gasset: *Pidiendo un Goethe desde dentro*; Obras Completas, Tomo IV. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1966; p. 399

<sup>62</sup> *Ibíd.* p. 400

<sup>63</sup> J. Ortega y Gasset: *En torno a Galileo*; Obras Completas, Tomo V. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1961; p. 138

hombre – esto es, su alma, sus dotes, su carácter, su cuerpo- es la suma de aparatos *con* que se vive y equivale, por tanto, a un actor encargado de representar aquel personaje que es su auténtico yo. Y aquí surge lo más sorprendente del drama vital: el hombre posee un amplio margen de libertad con respecto a su yo o destino. Puede negarse a realizarlo, puede ser infiel a sí mismo. Entonces su vida carece de autenticidad”<sup>64</sup>.

Aunque como dice Ortega acerca del proyecto de vida: *que de ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento* –lo cual, como podemos advertir, es un tema sumamente complejo-; la vocación, sin embargo, se va descubriendo ante el roce con la circunstancia; es en el vivir donde, ante cada posibilidad de hacer y, por tanto, ser, la vocación se manifiesta en nuestra conciencia diciéndonos lo que ella tenga que decirnos. Con respecto a esto, Ortega nos dice: “El hombre no reconoce su yo, su vocación singularísima, sino por el gusto o el disgusto que en cada situación siente. La infelicidad le va avisando, como la aguja de un aparato registrador, cuándo su vida efectiva realiza su programa vital, su entelequia, y cuándo se desvía de ella”<sup>65</sup>.

El proyecto vital, o programa de existencia, se configura en base a la vocación, lo que quiere decir que: viviendo, en mi relación con la circunstancia, voy descubriendo mi vocación, y con ella voy imaginando y elaborando mi programa de existencia de acuerdo con mi vocación y de acuerdo con mi circunstancia.

#### **14. Acerca de la circunstancia.**

Todo lo dicho anteriormente, de alguna forma, nos orienta en la comprensión de la circunstancia: ella es lugar en donde el “yo” concreta su vida, donde se intenta llevar a cabo el programa de existencia. “El Mundo –dice Ortega- es la maraña de asuntos o importancias en que el Hombre está, quiera o no, enredado, y el Hombre es el ser que, quiera o no, se halla consignado a nadar en ese mar de asuntos y obligado sin remedio a que todo eso le importe. La razón de ello es que la vida se importa a sí misma [...] De aquí que el Mundo en que ella tiene que transcurrir, que ser, consiste en un sistema de importancias, asuntos o *prágmata*<sup>66</sup>. El mundo o circunstancia, dijimos, es por ello una inmensa realidad pragmática o práctica –no una realidad que se compone de cosas. «Cosas» significa en la lengua actual todo algo que tiene por sí y en sí su ser, por tanto, que es con independencia de nosotros. Más los componentes del mundo vital son solo los que son para y en mi vida- no para sí y en sí. Son solo en cuanto facultades y dificultades, ventajas y desventajas, para que el yo que es cada cual logre ser; son, pues, en efecto, instrumentos, útiles, enseres, medios que me sirven –su ser es un ser para mis finalidades,

---

<sup>64</sup> J. Ortega y Gasset, <sup>64</sup> J. Ortega y Gasset: *Pidiendo un Goethe desde dentro*; Ed. cit., p. 401

<sup>65</sup> *Ibíd.* 407

<sup>66</sup> En griego, *prágmata* es el plural de *pragma*; o sea, asuntos

aspiraciones, necesidades-, o bien son como estorbos, faltas, trabas, limitaciones, privaciones, tropiezos, obstrucciones, escollos, rémoras, obstáculos que todas esas realidades pragmáticas resultan”<sup>67</sup>.

Hemos mostrado, a lo largo de este trabajo, que la realidad radical es la vida humana, la de cada cual, y esto implica que mi relación con el mundo o la circunstancia, en primer término, estará determinada por lo que esté viviendo; lo que significa que la circunstancia, y sus componentes, serán, en primer término, según la relación que me remita a ellos. Una silla, por ejemplo, que en este momento me sirve para sentarme, puede que me obstaculice si en el momento siguiente se incendia el lugar en el que me encuentro y necesito arrancar. Por esto, en su primera realidad, la circunstancia no es cosa alguna, sino un conjunto de asuntos o importancias que Ortega denomina con el nombre de *prágmata*. “*prágma* –él nos dice- es todo aquello con que el hombre tiene que ver, cuanto maneja, le ocupa y le preocupa. [...] Podríamos dar una idea cierta del valor que para el griego tenía la palabra *prágmata* diciendo que son los «asuntos»”<sup>68</sup>.

## 15. Los caracteres de la vida humana

Todo lo dicho hasta aquí con respecto a la vida humana no ha tenido por objetivo más que mostrar a “la vida humana” como el fundamento metafísico que hemos estado buscando. Hemos mostrado que la vida humana es: 1°. La realidad radical; 2°. Es una realidad dual compuesta por un yo –que es cada cual- y la circunstancia; y 3°. Que es acontecimiento. Aunque la vida humana encuentra su descripción radical en estos tres elementos capitales, ella ostenta otros caracteres que es preciso señalar para hacer más aprehensible su realidad. En un intento por destacar los caracteres principales, tenemos que:

- i. No somos causa de nuestra vida: “vivir [...] es encontrarse de pronto y sin saber cómo, caído, sumergido, proyectado en un mundo incanjeable: en este de ahora. Nuestra vida empieza por ser la perpetua sorpresa de existir, sin nuestra anuencia previa. [...] La vida nos es dada –mejor dicho nos es arrojada o somos arrojados a ella-, pero eso que nos es dado, la vida, es un problema que necesitamos resolver nosotros”<sup>69</sup>.
- ii. La vida es evidencial: “nada de lo hacemos sería nuestra vida si no nos diésemos cuenta de ello. [...] todo vivir es vivirse, sentirse vivir, saberse existiendo; donde saber no implica conocimiento intelectual ni sabiduría especial ninguna, sino que es esa

---

<sup>67</sup> J. Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*; Ed. cit., p.117

<sup>68</sup> J. Ortega y Gasset: *A un diccionario enciclopédico abreviado*; Obras Completas, Tomo VI. Ed. Revista de Occidente, Madrid; p.360

<sup>69</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Ed. cit., p. 39

sorprendente *presencia* que su vida tiene para cada cual”<sup>70</sup>. “Al percibirnos y sentirnos, tomamos posesión de nosotros y este hallarse siempre en posesión de sí mismo, este asistir perpetuo y radical a cuanto hacemos y somos, diferencia el vivir de todo lo demás”<sup>71</sup>.

- iii. La vida es la de cada cual: “vida humana, en sentido propio y originario, es la de cada cual vista desde ella misma; por tanto, que es siempre *la mía* -que es personal”<sup>72</sup>.
- iv. La vida es aquí y ahora: “la vida es siempre un «ahora» y consiste en lo que ahora se es. El pasado de su vida y el futuro de la misma solo tiene realidad en el ahora, merced a que ustedes recuerden ahora su pasado o anticipen ahora su porvenir. En este sentido la vida es pura actualidad, es puntual, es un punto –el presente-, que contiene todo nuestro pasado y todo nuestro porvenir”<sup>73</sup>.
- v. La vida es fabricación de sí misma: “El existir mismo no le es dado «hecho» y regalado como a la piedra, sino que [...] al encontrarse con que existe, al acontecerle existir, lo único que encuentra o le acontece es no tener más remedio que hacer algo para no dejar de existir. Esto muestra que el modo de ser de la vida ni siquiera como simple existencia es *ser ya*, puesto que lo único que nos es dado y que *hay* cuando hay vida humana es tener que hacérsela, cada cual la suya”<sup>74</sup>.
- vi. La vida es determinación de sí misma: “el hombre no solo tiene que hacerse a sí mismo, sino que lo más grave que tiene que hacer es determinar *lo que va a ser*”<sup>75</sup>. El hombre debe forjar su proyecto de existencia.
- vii. La vida plantea posibilidades de ser: En cada momento se abren múltiples posibilidades para el hombre, el cual tiene que determinar, en razón a su proyecto de existencia, lo que va a hacer y, por tanto, ser.
- viii. Acerca de las posibilidades de ser: “tampoco me son regaladas, sino que tengo que inventármelas, sea originalmente, sea por recepción de los demás hombres, incluso en el ámbito de mi vida”<sup>76</sup>. La vida de cada cual se hace desde un guion elaborado por cada uno y en vista de las circunstancias.

---

<sup>70</sup> Ibíd. p. 36

<sup>71</sup> Ibíd. P. 37

<sup>72</sup> J. Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*; Ed. cit., p. 114

<sup>73</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Ed. cit., p. 35

<sup>74</sup> J. Ortega y Gasset: *Historia como sistema*; Ed. cit., p. 37

<sup>75</sup> Ibíd. p. 38

<sup>76</sup> Ibíd. p. 39



- ix. La vida implica decidir: “Nos encontramos siempre forzados a hacer algo pero no nos encontramos nunca estrictamente a hacer algo determinado. [...] antes de hacer algo, tiene cada hombre que decidir, por su cuenta y riesgo, lo que va a hacer”<sup>77</sup>.
- x. La vida implica libertad: La vida al implicar decisión implica libertad; “por tanto soy libre. Pero entiéndase bien, soy *por fuerza* libre, lo soy quiera o no. [...] ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva, no estar adscrito a un ser determinado, poder ser otro del que se era y no poder instalarse de una vez para siempre en ningún ser determinado”<sup>78</sup>. Aquí, sin embargo, hay que decir que la libertad se ve limitada por la circunstancia; en cada instante se dan posibilidades u opciones limitadas por la circunstancia.
- xi. La vida es circunstancial: “Esto es lo único que encuentro y que me es dado: la circunstancia”<sup>79</sup>. Junto con mi vida -y como parte de ella-, lo único que encuentro ahí es la circunstancia; mi cuerpo, mis facultades mentales y espirituales, mi entorno cercano, la sociedad, el lugar, la época histórica y la cultura son circunstanciales porque me tocan y, mi vida, tendrá que ser hecha en base a dichas circunstancias.
- xii. El pasado es parte de la circunstancia: la vida se asienta en el pasado. “Ese pasado es pasado no porque paso a otros, sino porque forma parte de nuestro presente, de lo que somos en forma de haberlo sido. [...] La vida como realidad es absoluta presencia: no puede decirse que *hay* algo si no es presente, actual. Si, pues, *hay* pasado, lo habrá como presente y actuando ahora en nosotros”<sup>80</sup>. Este pasado, que actúa en nuestro presente, representa tanto el acervo cultural histórico como la experiencia personal de la vida de cada cual.
- xiii. La vida es acumulación de ser: Tal como dice Ortega: “No digamos, pues, que el hombre *es*, sino que *vive*”<sup>81</sup>. “El hombre «va siendo» y «des-siendo» –viviendo. va acumulando ser –el pasado-”<sup>82</sup>. En este punto, él nos dice que “*el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia*”<sup>83</sup>. Si bien es cierto, la vida del hombre es puro acontecimiento y no está adscrita a ninguna naturaleza, si podemos encontrar en lo que ha sido, en lo que fue, una identidad fija e invariable.

---

<sup>77</sup> Ibíd. p. 14

<sup>78</sup> Ibíd. p. 39

<sup>79</sup> Ibíd. p. 39

<sup>80</sup> Ibíd. p. 45

<sup>81</sup> Ibíd. p. 46

<sup>82</sup> Ibíd. p. 48

<sup>83</sup> Ibíd. p. 48

- xiv. La vida como faena de futuro: “Nuestra vida es ante todo toparse con el futuro. No es el presente o el pasado lo primero que vivimos, no: la vida es una actividad que se ejecuta hacia adelante, y el presente o el pasado se descubre después, en relación con ese futuro”<sup>84</sup>. Aquí, lo importante que cabe señalar es el problema de lo que se va a hacer y, por tanto, ser; puesto que el pasado ya fue, y en el presente estoy, la vida es en primer término hacerse cargo del problema de lo que va a ser; por ende, es ocupación con el futuro.
- xv. La vida comprende un temple de ánimo: “Toda nuestra vida íntima brota, como de una simiente, de una tonalidad emotiva radical que en cada sujeto es distinta y constituye la base del carácter. Cada una de nuestras reacciones concretas va determinada por ese fondo sentimental”<sup>85</sup>. Nuestra vida es sentida por cada uno de nosotros según el panorama emotivo que surja desde nuestra más profunda intimidad. Es este panorama el que condicionara tanto nuestra comprensión como nuestro trato con el mundo. La vida consiste –como dice Ortega- “originariamente en un cierto *sabor* o temple [...] ese sabor no es único sino precisamente miriádico. A lo largo de su vida le va *sabiendo* su vivir a todo hombre con los más diversos y antagónicos sabores. De otro modo, el fenómeno radical Vida no sería el enigma que es”<sup>86</sup>.
- xvi. La vida como esfuerzo superfluo: Si la vida humana se esfuerza por resolver sus necesidades, es en razón al carácter de esfuerzo lujoso y deportivo que ella ostenta. Lejos de la interpretación utilitaria de la vida, que “consistiría en responder a exigencias ineludibles, en satisfacer necesidades imperiosas”<sup>87</sup>; “la actividad original y primera de la vida –nos dice Ortega- es siempre espontánea, lujosa, de intensión superflua, es libre expansión de una energía preexistente”<sup>88</sup>. Según esto, la vida humana atiende sus necesidades para quedar en franquía y poder desplegar la energía vital que lleva en su entraña; energía que se manifiesta en cada uno de nosotros cuando hacemos algo que nos causa goce o bienestar, tal como en el juego, en donde hay un despliegue de esfuerzo placentero por el solo hecho de jugar. Esto es lo que Ortega evidencia en el esfuerzo superfluo del deporte.
- xvii. La vida es permanente posibilidad de deshumanización: “El hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse. No solo es problemático y contingente que le pase esto o lo otro, como a los demás animales, sino que al hombre le pasa a veces nada

---

<sup>84</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Ed. cit., p. 43

<sup>85</sup> J. Ortega y Gasset: *¿Qué es filosofía?*; Obras Completas, Tomo VII. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1964; p. 348

<sup>86</sup> J. Ortega y Gasset: *La idea de principio en Leibniz*; Ed. cit., p.297

<sup>87</sup> J. Ortega y Gasset: *El origen deportivo del estado*; Obras Completas, Tomo II. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1961; p. 609

<sup>88</sup> *Ibíd.* p. 609

menos que *no ser hombre*. Y esto es verdad, no solo en abstracto y en género, sino que vale referirlo a nuestra individualidad. Cada uno de nosotros esta siempre en peligro de no ser el *sí mismo*, único e intransferible que es. La mayor parte de los hombres traiciona de continuo a ese *sí mismo* que está esperando ser, y para decir toda la verdad, es nuestra individualidad personal un personaje que no se realiza nunca del todo, una utopía incitante, una leyenda secreta que cada cual guarda en lo más hondo de su pecho”<sup>89</sup>. En rigor, lo que plantea Ortega en este punto consiste en la amenaza latente de ser absorbido el hombre por el contorno –el fenómeno de la alteración-; y la renuncia -también latente- a la ejecución de nuestro programa de existencia.

- xviii. “La vida es lo que hacemos y lo que nos pasa”<sup>90</sup>: Sabemos -por lo dicho anteriormente- que la vida es lo que hacemos; sin embargo, también es lo que nos pasa, entendiendo “lo que nos pasa” como lo que aparece en mi vida con carácter de imprevisto, de no previsto; con lo que no contábamos y sin embargo se da.

### **CAPITULO III:**

#### **La circunstancia**

##### **Introducción**

Nos encontramos en este punto con una orientación radical con respecto a lo que hay; ahora bien, sabemos que, en términos radicales, todo remite a la vida humana, la de cada cual; sin embargo ¿Qué que son todos los elementos que encontramos en nuestra vida? ¿Cómo podemos habérnosla con todo aquello, si de cierta forma, de ellos tenemos solo nociones vagas? Es evidente que semejantes preguntas están muy lejos de ser contestadas; sin embargo, esto no es impedimento para que podamos intentar un cierto esbozo de respuesta o, por lo menos, indicar ciertas ideas que nos permitan hacernos cargo, en lo posible y hasta donde se pueda, de estas problemáticas.

Ortega nos dice que “ningún conocimiento de algo es suficiente –esto es-, suficientemente profundo, radical, si no comienza por descubrir y precisar el lugar y modo, dentro del orbe que es nuestra vida, donde ese algo hace su aparición, asoma, brota y surge, en suma, existe”<sup>91</sup>. Ahora bien, dado que el lugar que ofrece espacio para la aparición de

---

<sup>89</sup> J. Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*; Ed. cit., p. 89

<sup>90</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Ed. cit., p. 35

<sup>91</sup> J. Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*; Ed. cit., p.101

cualquier cosa que podamos encontrar en nuestra vida es la circunstancia, es preciso, para efectos de nuestro objetivo, intentar una observación más detallada de lo que se ha dicho respecto a aquella. El siguiente capítulo consistirá en una descripción de lo que es la circunstancia, su estructura y contenido. Además, al final, se intentara un pequeño ensayo de trato con respecto a los contenidos específicos de la circunstancia.

## 16. El ser de la circunstancia

Desde la realidad radical que es la vida humana, la circunstancia se presenta como lo otro que yo y que compone mi vida: “Yo no soy más que un ingrediente de mi vida: el otro es la circunstancia o mundo”<sup>92</sup>. Además, y recapitulando lo dicho anteriormente, tenemos que: 1°. “El hombre al encontrarse no se encuentra en sí y por sí, aparte y solo, sino, al revés, se encuentra siempre en otra cosa, dentro de otra cosa [la cual, a su vez, se compone de muchas otras cosas]. Se encuentra rodeado de lo que no es él, se encuentra en un contorno, en una circun-stancia, en un paisaje”<sup>93</sup>. Y 2°. “todo lo que compone, llena e integra el mundo donde al nacer el hombre se encuentra, no tiene *por sí* condición independiente, no tiene un ser propio, *no es nada en sí* –sino que es solo un *algo para* o un *algo en contra* de nuestros fines. Por eso –Ortega señala- no hemos debido llamarlo «cosas», dado el sentido que hoy tiene para nosotros esta palabra. Una «cosa» significa algo que tiene su propio ser, aparte de mí, aparte de lo que *sea para* el hombre. Y si esto acontece con cada cosa de la circunstancia o mundo, quiere decirse que el mundo en su realidad radical es un conjunto de algos con los cuales yo, el hombre, puede o tiene que hacer esto o aquello –que es un conjunto de medios y estorbos, de facilidades y dificultades con que, para efectivamente vivir, me encuentro. Las cosas no son originariamente «cosas», sino algo que procuro aprovechar o evitar a fin de vivir y vivir lo mejor posible [...], son asuntos en que ando constantemente. Y como hacer y ocuparse, tener asuntos se dice en griego *práctica, praxis* –las cosas son radicalmente *prágmata* y mi relación con ellas *pragmática*”<sup>94</sup>. Aquí, partimos considerando que las cosas, o mejor dicho, esos algos que nos rodean no tienen, en su primera aparición, un ser independiente a nosotros; esos algos son, en primera instancia, lo que son para cada cual. Como dice Ortega: “En el mundo o circunstancia de cada uno de nosotros no hay nada que no tenga que ver con uno y uno tiene, a su vez, que ver con cuanto forma parte de esa circunstancia o mundo”<sup>95</sup>. Desde aquí, aunque recurramos al concepto de cosa para referirnos a “esos algos”, debemos, sin embargo, mantener presente que dichos algos son en su primera realidad *pragmata*.

---

<sup>92</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Ed. cit., p.78

<sup>93</sup> *Ibíd.* p.61

<sup>94</sup> J. Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*; Ed. cit., p.110

<sup>95</sup> *Ibíd.* p.110

## 17. La estructura de circunstancia

Ortega nos plantea cuatro leyes que conforman la estructura de la circunstancia, las llamadas “leyes estructurales”. Haciendo una descripción de cada una de ellas nos encontramos con:

- Primera ley: “el mundo vital se compone de unas pocas cosas en el momento presentes e innumerables cosas en el momento latentes, ocultas, que no están a la vista pero sabemos o creemos saber –para el caso es igual- que podríamos verlas, que podríamos tenerlas en presencia”<sup>96</sup>.
- Segunda ley: “no nos es presente nunca una cosa sola, sino que, por el contrario, siempre vemos una cosa destacando sobre otras a que no prestamos atención y que forman un fondo sobre el cual lo que vemos se destaca”<sup>97</sup>.
- Tercera ley: “el mundo es una perspectiva”<sup>98</sup>.
- Cuarta ley: “nuestro mundo, el de cada cual, no es un *totum revolutum*, sino que está organizado en «campos pragmáticos»”<sup>99</sup>.

Con respecto a las dos primeras leyes, el mundo –nos dice Ortega- se estructura en tres planos: “En primer término la *cosa* que nos ocupa, en segundo el *horizonte* a la vista, dentro del cual aparece, y en tercer término el *más allá latente ahora*”<sup>100</sup>. Como ejemplo de aquello, supongamos encontrarnos en una habitación y prestarle atención a un cuadro; nuestro objeto –el cuadro- se nos presenta siempre resaltando sobre un fondo que no atendemos, en este caso, la pared y el resto de la habitación. El resto que nos es presente pero que no atendemos configura el horizonte desde el cual se presenta el objeto –el cuadro-, y que contornea y limita lo que nos es presente con el resto de lo que no está presente, a saber: el mundo fuera de la habitación, lo latente.

Ortega señala que “el contorno o mundo patente se compone, ante todo y fundamentalmente, de presencias, de cosas que son cuerpos. Y lo son -continúa Ortega- porque ellas chocan con la cosa más próxima al hombre que existe, al yo que cada cual es a saber: su cuerpo”<sup>101</sup>. El cuerpo -nos dice-, que “hace de mí inexorablemente un personaje espacial”<sup>102</sup>, implica necesariamente un aquí, que es el lugar en donde cada uno se encuentra, desde donde uno se relaciona con el mundo. “*Aquí y yo, yo y aquí*, somos inseparables de por vida. Y al tener el mundo –nos dice Ortega-, con todas las cosas dentro, que *serme* desde *aquí*, se convierte automáticamente en una perspectiva”<sup>103</sup>. Con

---

<sup>96</sup> Ibíd. p.119

<sup>97</sup> Ibíd. p.120

<sup>98</sup> Ibíd. p.126

<sup>99</sup> Ibíd. p.130

<sup>100</sup> Ibíd. p.120

<sup>101</sup> Ibíd. p.125

<sup>102</sup> Ibíd. p.125

<sup>103</sup> Ibíd. p.126

esto podemos comprender mejor la tercera ley estructural: el mundo y sus cosas me son desde aquí, “que sus cosas están cerca o lejos de *aquí*, a la derecha o a la izquierda de *aquí*, arriba o debajo de *aquí*”<sup>104</sup>; por tanto, el mundo se me presenta desde una perspectiva única, desde mi aquí; y esto implica que mi mundo, con respecto al del otro hombre –que también tiene su aquí-, posee una perspectiva diferente: “la perspectiva en que le aparece el mundo es siempre distinta de la mía. Por eso no coinciden suficientemente nuestros mundos”<sup>105</sup>; “nuestros «aquís» se excluyen, no son interpenetrables”<sup>106</sup>. Cabría agregar, también, que dicho “aquí”, la perspectiva, inseparable a mí, no solo se limita a su atributo espacial sino que se da en cualquier dimensión de asuntos o ámbitos al que atienda. Yo, que me ocupo con cuanto me ocupo, lo hago siempre desde mi singular punto de vista; y aunque ensaye nuevas formas de trato o de perspectivas con respecto a algún asunto, éstas siempre, y en definitiva, serán desde mí. En última instancia, podríamos afirmar que yo represento [soy] una perspectiva respecto al mundo.

Con respecto a la cuarta ley, Ortega nos dice que “el hombre vive en un enorme ámbito –el Mundo, el suyo, el de cada cual- ocupado «por campos de asuntos»”<sup>107</sup>; y esto lo refiere a que cada *pragma* remite siempre “*al lado de la vida a que pertenece*”<sup>108</sup>. Esto significa que cada asunto se enlaza con otra serie de asuntos con los cuales forma campos pragmáticos, que son, podríamos decir: los mundos particulares y temáticos con los que el hombre organiza su trato con ellos. Como dice Ortega: “todos llevamos en nuestra imaginación un *diagrama del mundo* a cuyos cuadrantes y regiones referimos todas las cosas, incluso, como he dicho, las que no son inmediatamente corporales, sino, según se las acostumbra llamar, las «espirituales», como ideas, sentimientos, etcétera.”<sup>109</sup>.

Tal como podemos advertir, la estructura de la circunstancia se articula tanto por la constitución ontológica dual de los *pragmata* –segunda ley estructural-, como por la determinación de ámbitos que nosotros –y desde la perspectiva de cada cual- configuramos en nuestro diagrama de mundo. Por último, en este punto cabría señalar además, otro atributo estructural: el de grados de proximidad y lejanía que la circunstancia ofrece a los *pragmata* con respecto al yo. En efecto; circunstancialmente, cada *pragma* es y posee cierto grado de atingencia e importancia respecto al yo que es cada cual; por tanto, éstos se ubican –según el momento circunstancial- en grados de importancia respecto a lo que me ocupa, me preocupa, y con lo que cuento. Como vemos, la circunstancia también se estructura dinámicamente, configurándole a los *pragmata* una ubicación según sus grados de importancia o proximidad.

---

<sup>104</sup> *Ibíd.* p.126

<sup>105</sup> *Ibíd.* p.126

<sup>106</sup> *Ibíd.* p.126

<sup>107</sup> *Ibíd.* p.130

<sup>108</sup> *Ibíd.* p.130

<sup>109</sup> *Ibíd.* p.131

## 18. El contenido de la circunstancia, el *pragma*

Como unidad básica, y considerando la segunda ley estructural, un *pragma* nunca se da solo, sino que se presenta siempre sobre un fondo en el cual resalta. Esto, a su vez, implica que un *pragma* posee una realidad dual –co-determinada con su fondo-, en donde se da simultáneamente el *pragma* y su fondo -aunque no reparemos inmediatamente en su fondo.

Como unidad básica, un *pragma* posee las siguientes características:

- Su ser consiste en serme para; no tiene, primariamente, un ser en sí independiente de mí.
- Posee una constitución ontológica dual: el *pragma*, y su fondo donde aparece.
- “Una cosa en cuanto *pragma* es, pues, algo que manipulo con determinada facilidad, que manejo o evito, con que tengo que contar o que tengo que descontar, es un instrumento o impedimento *para...*, un trabajo, un enser, un chisme, una deficiencia, una falta, una traba; en suma, es un asunto en que andar, algo que, más o menos, me importa, que me falta, que me sobra; por tanto, una *importancia*”<sup>110</sup>.
- Por lo anterior, un *pragma* -como importancia- puede ser ubicado dentro de la circunstancia según grados de importancia.
- Posee flexibilidad ontológica: esto quiere decir que el *pragma* puede ser comprendido desde múltiples perspectivas y fondos, así como también, desde múltiples fondos puede hacer su aparición. Esto implica que su ser es susceptible a ser configurado y aprehendido bajo distintas formas; por tanto, un *pragma* puede ser remitido a múltiples campos pragmáticos.

## 19. El problema de los contenidos específicos de la circunstancia

Aunque contamos con una idea radical de lo que es la circunstancia y su contenido; no es menos cierto que: al plantear la circunstancia como lo otro que yo y que conforma mi vida, ésta, a su vez, se nos muestra bajo múltiples atributos, formas, y dimensiones que son irreductibles unas de otras –irreductibles, quiero decir, después de comprenderlas como parte de la circunstancia y como asuntos. Por ejemplo, dentro de la circunstancia nos encontramos con distintos tipos de *pragmata*; nuestro cuerpo, una mesa, una idea, un recuerdo, el pasado, un número, nuestra mente, personas, un sentimiento, un paisaje, la sociedad, etcétera; y, tal como se ve, estos asuntos son irreductibles -por su condición- unos de otros. Cada uno de estos asuntos tiene su propia forma y consistencia dentro del orbe de la circunstancia; esto, a pesar –y además- de la flexibilidad ontológica que ostentan, y de su descripción general como *pragmata*. Los contenidos específicos de la circunstancia, en este aspecto, nos plantea el problema de su consistencia.

---

<sup>110</sup> Ibíd. p.111

## 20. Ensayo de un posible trato al problema de los contenidos específicos de la circunstancia

Para comenzar a abordar dicha problemática, Ortega nos plantea que “hay dos formas de darse cuenta de algo, o lo que es igual, de existir algo para mí: una en que me doy cuenta de ese algo por separado, en que, digámoslo así, lo tomo ante mí de hombre a hombre, lo hago termino preciso y acotado de mi darme cuenta; y otra forma en que el algo existe para mí sin que yo «repare» en él”<sup>111</sup>. Definiendo los términos en cuestión, tenemos que: “«reparar», que equivale a lo que tradicionalmente se llamaba «tener conciencia de algo», y el simple «contar con», que expresa esa presencia efectiva, ese existir para mí que tienen siempre todos los ingredientes de mi situación”<sup>112</sup>. Aquí, nuestra relación con los *pragmata* se da usualmente “contando” con ellos, en la medida que nos faciliten más que dificulten lo que nos encontremos haciendo.

Nuestra vida, por lo visto, se sostiene y realiza sobre asuntos con los que contamos, los cuales nos dejan en franquía para ocuparnos de otros asuntos que se ven implicados en la tarea que es el vivir, en los que reparamos y en los que andamos ocupados. De lo anterior, Ortega nos dice que: “Lo que sí nos importa desde luego tener en plena claridad es que si nuestra vida consiste en lo que hacemos, podemos dividir aquella en dos porciones: de un lado, todo lo que hacemos con las cosas que no sea pensar en ellas y de otro, aislado, ese peculiarísimo hacer que es el pensar. La división, como advierten, secciona nuestra vida en dos regiones muy desiguales de tamaño, ya que de un lado está sólo el hacer que es el pensar, y del otro, todos los demás innumerables haceres que componen nuestra existencia. El pensar no es ni más ni menos hacer que cualesquiera de los otros; si, no obstante, creemos conveniente ponerlo aparte es, porque, según vemos, sólo cuando lo ejercemos cobran las cosas un ser que no tienen en sus demás relaciones con nosotros”<sup>113</sup>.

Si nuestra relación con los *pragmata*, tal como dijimos, se da principalmente contando con ellos; cuando reparamos en ellos, esto es, cuando traemos a nuestra conciencia a lo que en su primera relación con nosotros correspondía a una relación pragmática, le aparece o, como dice Ortega, la cosa cobra un ser, o mejor dicho nos preguntamos por su ser, que en su relación anterior con nosotros nos era indiferente. Todo esto nos remite, de alguna manera, al punto referente al *rol de las ideas* -en el capítulo primero de este trabajo-; en donde la similitud de lo que nos encontramos analizando ahora radica en la función del pensamiento, o sea, de reparar en los asuntos que nos hacen cuestión y que no nos permiten llevar a cabo nuestra vida, a fin de poder dar solución a lo que nos es problema.

En razón a lo anterior; si lo que nos es cuestión en este momento es lo que sean los contenidos específicos de la circunstancia, y considerando, para ello, que el camino para

---

<sup>111</sup> J. Ortega y Gasset: *Unas lecciones de metafísica*; Ed. cit., p. 47

<sup>112</sup> *Ibíd.* p.48

<sup>113</sup> *Ibíd.* p. 87



hacerse cargo de tal cuestión es traer a nuestra conciencia tales contenidos específicos; lo que es preciso decir, en este momento, es algo acerca del fenómeno de la conciencia. Ortega nos dice que: “donde quiera y como quiera que exista eso que llamo conciencia, lo encuentro siempre constituido por dos elementos: una actitud o acto de un sujeto y un algo al cual se dirige ese acto”<sup>114</sup>. Por lo pronto, tenemos que la conciencia se constituye siempre en referencia a algo; mi ver, mi escuchar, mi imaginar o mi recordar son distintas formas en que mi conciencia actúa, en que se ocupa con lo visto, lo escuchado, lo imaginado y lo recordado. Ahora bien; “reservemos –nos dice Ortega– de toda esa variedad de actos de conciencia –ver, oír, pensar, mentar, juzgar, querer, afectarse– sólo lo que tienen de última nota común: su carácter de referirse siempre a algo más allá de ellos. Por otra parte, de todas las cosas que pueden ser ese algo, término de esa referencia, quedémonos sólo con esa su función genérica, idéntica en todas ellas de ser lo que el acto subjetivo encuentra frente a sí, opuesto a sí, como su más allá. A eso que es lo menos que una cosa puede ser, lo que, por lo visto, están forzadas a ser o poder ser todas las cosas, llamémoslo: lo «contrapuesto», lo que está en frente de mí y de mi acto. En latín contraponer, oponerse, se dice *objicere*: su sustantivo verbal, es *objectum*. Y ahora podemos troquelar nuestra humilde, pero importante conquista terminológica diciendo: objeto es todo aquello a que cabe referirse de un modo o de otro. Y viceversa: conciencia, es referencia a un objeto”<sup>115</sup>.

De lo anterior y, en referencia al objeto, Ortega nos dice que: “todo objeto [...] puede hallarse como a tres distancias diferentes del sujeto, quiero decir, puede aparecer o estar ante mí en tres formas distintas”<sup>116</sup>. Aquí, a la primera forma de aparición la llama “percepciones o presentaciones”<sup>117</sup>, y corresponde a los actos en que nos es dada la presencia de un objeto; esto es, cuando, por ejemplo, estoy directamente viendo un cuadro de pintura –el cual sería el objeto presente–. La segunda forma de aparición la llama “representaciones o imaginaciones”<sup>118</sup>, y corresponde al objeto cuando nos es dado como ausente –lo que correspondería, para dar un ejemplo, a un recuerdo–. En el tercer y último caso, llama “a los actos donde nos es dado –el objeto– en el modo de alusión y referencia, menciones”<sup>119</sup>; esto es, cuando del objeto no conocemos más que ciertas referencias con las que cabe hacerse una idea de aquel; como cuando hablamos de “la estrella más lejana de la tierra”, en donde aún sin haberla visto, podemos, ciertamente, referirnos a ella.

Tenemos, pues, que los contenidos específicos de la circunstancia, una piedra, un amigo, la sociedad, un número, una nube, un sentimiento etc., no eran más que asuntos con

---

<sup>114</sup> J. Ortega y Gasset: *Conciencia, objeto y la tres distancias de éste*; Obras Completas, Tomo II. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1961; p. 62

<sup>115</sup> *Ibíd.* p. 63

<sup>116</sup> *Ibíd.* p. 63

<sup>117</sup> *Ibíd.* p. 66

<sup>118</sup> *Ibíd.* p. 66

<sup>119</sup> *Ibíd.* p. 66

los que contábamos y, con los cuales, teníamos un trato pragmático; por lo tanto, quedaban todos ellos reducidos a asuntos. Ahora bien, al intentar reparar en cada uno de estos “algunos” nos ha surgido el problema de que: cada uno de ellos posee una diversa consistencia; o sea, que ya no pueden ser entendidos como asuntos –por ejemplo- una nube, una persona, una palabra o un partido político. Por otra parte, hemos ensayado reparar en los contenidos específicos de la circunstancia como elementos de nuestra conciencia, y hemos visto que quedan reducidos a “objetos de nuestra conciencia”.

Ciertamente que, como objetos de nuestra conciencia, los contenidos específicos de la circunstancia no se diferencian en nada. De ellos, como tales, solo podemos decir que su consistencia, o sea, su ser, es sumamente problemático. Me parece que, en este punto, lo que cabría preguntarse es: ¿cómo la conciencia le hace frente a los contenidos específicos de la circunstancia?

Consideremos, por último, lo que Ortega con respecto a esto dice: “La rosa es real porque es un ser visible y tangible, porque es un ser perceptible o de percepción. Del mismo modo, el centauro es un ser fantástico o de fantasía. Percepción y fantasía no son, pues, sino modos diversos de llegar nosotros al ser. Y como los sonidos no se ven, ni los colores no se oyen, sin que por ello padezcan en su calidad de realidades, así percepción y fantasía no hacen más que clasificar los seres”<sup>120</sup>.

De la gran cantidad de entidades que encontramos en la circunstancia, quizás, lo más adecuado, sería ensayar y construir nuevos diagramas de mundo; que se ajusten de mejor manera a lo que hay, y, dándole a cada “algo que hay”, el ser que le corresponda ser.

---

<sup>120</sup> Ibíd. P.62

## MIS CONSIDERACIONES FINALES

¿Qué se podría considerar después de todo lo dicho? ¿Qué podría ameritar ser tomado en cuenta?

Si se ha hecho entender bien este trabajo, y si se ha leído con algo de cuidado, me parece que las preguntas planteadas encontrarían su respuesta en la vida de cada uno de nosotros. Todo esto, me parece, viene determinado por la necesidad que pudiéramos tener en nuestras vidas. De ahí, y en vista de aquello, cuanto haya aparecido en este informe y cuanto de ello nos haya hecho sentido, determinara, ciertamente, cuanta consideración hacer.

Por último, y para darle término a este trabajo, reparemos en un momento en nuestra vida, la de cada cual, y pongamos atención a lo que nos dice nuestro pensador: Si nuestra vida consiste en llevar a cabo lo que somos en proyecto “¿Cómo llamaríamos al logro pleno de éste? Evidentemente, bienestar del hombre, felicidad”<sup>121</sup>. He aquí mi única consideración respecto a este trabajo.

---

<sup>121</sup> J. Ortega y Gasset: *Meditación de la técnica*; Obras Completas, Tomo V. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1961; p. 345

## BIBLIOGRAFÍA

Ortega y Gasset, José: *El hombre y la gente*, Obras Completas, Tomo VII. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1964.

\_\_\_\_\_ : *Ideas y creencias*, Obras Completas, Tomo V. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1981.

\_\_\_\_\_ : *La idea de principio en Leibniz*, Obras Completas, Tomo VIII. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1965.

\_\_\_\_\_ : *Prologo para alemanes*, Obras Completas, Tomo VIII. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1965.

\_\_\_\_\_ : *En torno a Galileo*, Obras Completas, Tomo V. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1961.

\_\_\_\_\_ : *A un diccionario enciclopédico abreviado*, Obras Completas, Tomo VI. Ed. Revista de Occidente, Madrid.

\_\_\_\_\_ : *¿Qué es filosofía?*, Obras Completas, Tomo VII. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1964.

\_\_\_\_\_ : *El origen deportivo del estado*, Obras Completas, Tomo II. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1961.

\_\_\_\_\_ : *Conciencia, objeto y la tres distancias de éste*, Obras Completas, Tomo II. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1961.

\_\_\_\_\_ : *Meditación de la técnica*, Obras Completas, Tomo V. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1961.

\_\_\_\_\_ : *Pidiendo un Goethe desde dentro*, Obras Completas, Tomo IV. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1966.

\_\_\_\_\_ : *Unas lecciones de metafísica*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.

\_\_\_\_\_ : *Historia como sistema*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

Marías, Julián: *Idea de la metafísica*, Obras de Julián Marías, Tomo II. Ed. Revista de Occidente, Madrid.

Acevedo, Jorge: *Ortega y Gasset ¿Qué significa vivir humanamente?*; Editorial universitaria, Santiago de Chile, 2015.

\_\_\_\_\_ : *Hombre y mundo*; Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1983.